

Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

Tríptico de mar y tierra » Cita en Bergen

Página 55 de 64

Cita en Bergen

Günlük işlerdenmiş, gibi ölüm.

(Como si la muerte fuera un asunto cotidiano).

ILHAM BERK

*

Que esto tuviera que sucederme en Brighton es algo que quien conozca la popular estación balnearia de Sussex hubiera dado por natural y previsible. Brighton, ese lugar en donde la gente de Londres insiste en que disfruta del mar en medio de un sombrío hacinamiento de construcciones victorianas y de otras de estilo eduardiano que superan la más febril imaginación; ese lugar en donde hasta el más modesto de los bares se empeña en servirnos el whisky que justamente no nos apetecía y en donde las mujeres nos ofrecen en las calles y en el amplio y desolado malecón contra el que se bate un mar gris y helado una larga lista de caricias que, a la hora de la verdad, se convierten en la homeopática y acelerada versión de lo que un anglicano entiende por placer; en Brighton, para decirlo de una vez, en donde al llegar sabemos que nada se nos ha perdido allí, en Brighton tuve que guardar tres días de cama en una pensión de miseria. Entre la diarrea y el hastío estuve a punto de dejar allí mis huesos.

Había ido para encontrarme con Sverre Jensen, mi viejo amigo y socio de correrías de pesca en Alaska y en la costa de la Columbia Británica. Él, a su vez, se había dado cita allí con un armador retirado a causa de un grave padecimiento cardíaco y quien, de vez en cuando, nos facilitaba la manera de arrendar un barco pesquero para nuestras tareas. Desde el momento de tomar el tren en Londres, me di cuenta de que el plato de erizos que había comido en un restaurante tailandés, no lejos del Strand, tenía algunas piezas que habían perdido ya buena parte de su frescura. En la duda, y como improbable antídoto, pedí una botella de vino blanco portugués que resultó tan incierto como los erizos. Los primeros espasmos se anunciaron poco antes de llegar a Brighton. Sacando fuerzas de flaqueza me dirigí a la casa de nuestro armador y no contestó nadie a mi llamado. El lugar parecía vacío. Me dolían todas las articulaciones y mi cabeza se había convertido en una especie de campana donde retumbaban a un ritmo implacable golpes de martillo que me dejaban casi ciego y sin aliento. Un taxi me llevó a la pensión que me recomendó Jensen. Estaba situada en un sombrío callejón que tenía el poco alentador nombre de Monkeyhead Lane. La dueña, una italiana opulenta y con una incipiente sombra de bigote, me hizo llenar la ficha de registro y me entregó la llave de la habitación que estaba en el cuarto piso del inmueble. Cada escalón fue para mí un

viacrucis que no parecía terminar. Al poco rato subió la matrona con una tisana amarga con irisados visos de un aceite que no intenté identificar. La autoridad de la mujer, a quien ya le había contado mi intoxicación con los erizos londinenses, me impidió oponer resistencia alguna y tragué la pócima como pude. El tratamiento duró tres días durante los cuales bebí el infernal remedio como único alimento. Cuando logré ponerme en pie y caminar un poco ya estaba curado, pero me sentía como un nonagenario que trata de aprovechar sus últimos meses de vida.

En Brighton no conocía a nadie. Años atrás, en uno de esos arranques de Ilona, que ella solía llamar *l'appel de mon sang slave*, fuimos a parar a Brighton con la intención de pasar algunas semanas del verano. Ignoro qué idea se había forjado mi malograda amiga de las maravillas del lugar, pero lo cierto es que, a las dos semanas de hacer el amor en un cuartucho donde flotaba un insoportable aroma a cocina inglesa, resolvimos partir a Trieste e instalarnos en casa de una prima de Ilona que nos acogió como si viniésemos del más desamparado lugar de la Tierra. Cuando mencioné a nuestra anfitriona lo del aroma que invadía nuestra alcoba de Brighton, Ilona comentó:

—Lo de cocina inglesa es un decir del Gaviero. Allí olía a lo que ingerían los pictos y sospecho que sus ilustres descendientes no han avanzado mucho más.

Ése era mi único recuerdo y también mi única y nada grata experiencia en el célebre balneario inglés.

Cuando aún padecía en todo el cuerpo la sensación de haber sido apaleado sin piedad me resolví a volver a la casa del armador galés que respondía al sonoro nombre de Glanmor Conway. Esta vez salió a abrirme una joven de estudiado aspecto tímido, una de esas típicas inglesas de piel transparente y aire un tanto desmayado pero que, por dentro, son dueñas de una energía sin límites y de la más completa colección de astucias para defenderse en la vida. Todo eso, repito, protegido por una expresión de inocencia que puede engañar a quien no esté familiarizado con tan temible especie. Le dije mi nombre y pasé a explicarle que tenía una cita con Mister Conway. La muchacha me hizo pasar y me llevó a lo que debía ser el estudio del dueño de casa. Me señaló una silla invitándome a sentarme y ella lo hizo en el sillón que había frente al escritorio y que, evidentemente, era para uso exclusivo del armador. Debí poner cara de sorpresa ante lo que me pareció un curioso atrevimiento, porque Cathy, que así se llamaba la joven según me lo hizo saber cuando le mencioné mi nombre al llegar, me explicó, fijando sus ojos, de un azul apenas perceptible, en esa lejanía adonde miran siempre los simuladores natos:

—Glanmor es tío en segundo grado de mi madre y, al morir ella, me trajo a vivir con él. No tengo más parientes. Mi padre desapareció en el naufragio del *Lady Ann*, que usted seguramente recuerda.

Algo recordaba del hundimiento de ese viejo *tramp steamer* de propiedad de Conway, que se fue a pique al chocar con una mina al entrar al puerto de Aarhus en Dinamarca. De eso hacía casi veinte años, por cierto.

Cathy me informó, luego, que la orden que tenía de Glanmor era que tanto Sverre Jensen como yo nos alojásemos en su casa en espera de su regreso. Se había tenido que ausentar por algunos días para arreglar un negocio en Bristol. Conocía a Conway de

muchos años atrás y, a pesar de su proverbial cordialidad, este ofrecimiento de hospedarnos en su casa me pareció algo inusitado. Sin embargo, resolví aceptarlo porque mis fondos ya casi tocaban a su fin y la estatuaría italiana de autoritarios bigotes no tenía trazas de ser persona con paciencia para entender demoras en el pago del alojamiento. Pregunté a Cathy si tenía noticias de mi amigo noruego y me repuso que ninguna, pero Glanmor le había dicho que llegaría casi a tiempo conmigo. Le expliqué que, de todas maneras, aceptaba gustoso la invitación de su tío y en un rato volvería con mis cosas. Sonrió con un gesto entre modoso y taimado que me dejó lleno de vagas inquietudes. Al regresar de la pensión con mi bolsa de marino al hombro, Cathy me llevó a una buhardilla a la que se subía por unas empinadas escaleras que me dejaron sin aliento. Entramos en una espaciosa habitación con dos camas, cada una debajo de una ventana de cremallera, un amplio armario de la época guillermina y un hacinamiento de catalejos, brújulas y objetos náuticos imposibles de identificar que estorbaban a cada paso. El baño estaba al extremo del estrecho corredor que atravesaba de un lado a otro el desván. Cathy me indicó también la habitación donde dormía, y que estaba contigua al baño. Lo hizo sin expresión particular alguna, como quien proporciona un dato de rutina. Que la sobrina viviera en los altos de la casa y al mismo tiempo usara el sillón del despacho de su tío para conversar con desconocidos fue algo que no pude compaginar en el primer momento. Regresé a mi buhardilla, puse en orden los tres o cuatro libros que siempre viajan conmigo y guardé la bolsa con la ropa en el gran armario que se quejaba como un animal cansado. Cathy desapareció sin decir palabra y tampoco la escuché descender por la escalera. Ahora entendía por qué, cuando vine por primera vez, nadie salió a abrirme. La joven debía estar encerrada en su cuarto y desde allí, de seguro, no se escuchaba el timbre de la entrada. Todo seguía pareciéndome inusitado pero sabiendo que, al tratarse de ingleses, nada debe sorprendernos, resolví tenderme en la cama para descansar un rato. El ajeteo de la mudanza me había dejado exhausto y la convalecencia de mi intoxicación se anunciaba un tanto más duradera que lo previsto.

Durante el resto del día permanecí en mi habitación. En dos ocasiones Cathy subió con una taza de té y tostadas. Era lo único que podía ingerir sin que me viniera la náusea que iba desapareciendo paulatinamente. Así me pude enterar de muchos aspectos de la vida de Glanmor Conway, no todos edificantes por cierto, y algunos más bien sombríos. Cuando Cathy llegó a la casa de su lejano pariente, no era aún una adolescente. Conway la ocupó como sirvienta en sencillos oficios que supervisaba una vieja criada del país de Gales que escasamente hablaba inglés. Cuando Cathy se convirtió en una mujer hecha y derecha, el hombre envió a la anciana a su villorrio perdido en los montes de Radnor y metió a la muchacha en su lecho al tiempo que cargó sobre ella todos los quehaceres de la casa. Conway pasaba ya los setenta años y era profundamente desconfiado. Jamás dejaba salir a Cathy como no fuera a la tienda de ultramarinos de la esquina y llevaba estricto control del tiempo que le tomaban estas diligencias. Al parecer el viejo había abandonado poco a poco sus contactos con la muchacha y ahora sólo la usaba como sirvienta.

Dos días después de mi arribo a casa del armador, Cathy apareció una noche apenas cubierta con una sábana y se instaló a mi lado cubriéndome de caricias. Pasamos la noche juntos y la joven resultó ser más inocente de lo que yo había supuesto, si bien en cada abrazo entraba en una especie de trance en el que era muy difícil establecer el

límite entre la simulación y la sinceridad. Me di perfecta cuenta de que, por ese camino, sólo lograba complicar aún más mi situación, ya de suyo bastante precaria. Cuando llegó Sverre Jensen sentí un alivio liberador. Le conté todo lo sucedido y me miró con expresión de la mayor extrañeza. Terminé la historia y se limitó a comentar con su proverbial laconismo:

—Hay algo en todo esto que no se ajusta a lo que sé de Conway. Ya veremos cuando regrese cómo se aclara todo. Lo que necesitamos es que nos facilite el barco sin mucha demora porque la temporada del atún se abre dentro de unas semanas. Por ahora, Maqroll, yo te aconsejaría que te olvides de la tal Cathy, que trae más gatos en la barriga de los que a primera vista parece.

Antes de seguir adelante se me ocurre que sería bueno poner al lector al tanto de quién era mi buen amigo Sverre Jensen, viejo lobo de pesquerías en el Pacífico norte y hombre de un corazón cuya nobleza sólo era comparable al recio pudor con que sabía esconderla. Nos habíamos conocido en la cárcel de Kitimat, en la Columbia Británica, adonde había ido yo a parar acusado de adulterio con una joven piel roja que vivía con un polaco energúmeno, quien se convirtió en mi acusador y amenazaba con matarme. Jensen estaba allí por haber intervenido en una riña de taberna en donde resultaron muertos a puñaladas dos portugueses que nadie supo de dónde vinieron. El cuchillo con el que habían quitado la vida a los lusitanos era de propiedad de Sverre, pero éste aseguraba que, al comenzar la trifulca, se lo habían quitado de la vaina que traía asegurada en el cinturón. Dos meses compartimos la misma celda soportando un frío que, en la madrugada, nos dejaba ateridos y al borde de la congelación. Durante el largo encierro tuvimos ocasión de intercambiar nuestras experiencias y en muchas de ellas coincidieron lugares y circunstancias en forma tan curiosa que, a menudo, nos interrogamos sorprendidos de no habernos conocido antes. La inocencia de Sverre logró probarse al fin gracias a la indiscreción de un negro de Carolina del Sur a quien, en plena embriaguez, se le ocurrió comentar en una cantina la forma como había dado muerte a dos portugueses que tenían pacto con el diablo y traficaban con negros sacados de Angola con engañosas promesas de trabajo en América. Después se descubrió que el hombre no estaba en sus cabales y había cometido los homicidios en un momento de insania frenética. Yo salí casi por los mismos días al retirar sus cargos el ofendido varsoviano. Fue entonces cuando comenzamos a andar juntos Jensen y yo. Primero contratados en diferentes pesqueros como simples jaladores de redes y, luego, como dueños de nuestra propia barca pesquera de dos mástiles, que pudimos adquirir gracias a una módica herencia que recibió Sverre al morir un hermano suyo solterón que era juez de paz en Bergen. Completé el dinero que faltaba con lo que había guardado durante el tiempo en que fuimos jaladores de redes, ahorro que me impuso Jensen conociendo mi poca o ninguna tendencia a pensar en el futuro. No es éste el momento de hacer un recuento de lo que pasamos Sverre y yo durante los años en que anduvimos juntos, empeñados en la azarosa empresa de vivir de la pesca. Ya vendrá la ocasión de volver sobre esto.

Sverre no había cambiado un ápice a pesar de los años transcurridos. Pertenecía a esa especie de escandinavos que se estacionan a mitad de su vida en un tipo físico que los acompaña hasta el último día. Su corpulenta y recia humanidad parecía haber sido armada con piezas de otros cuerpos de la misma raza pero de distinta proporción.

También el rostro, alargado y huesudo, tenía esa desarmonía salvada sólo por la expresión siempre sonriente de los ojos y un aire de bondad imposible de ubicar en ninguna de sus facciones. De pocas palabras en su trato ordinario, era también capaz de cambios de humor desaforados y temibles que podían convertirlo, en un instante, en una avalancha devastadora e impredecible. No era ninguna causa física la que desencadenaba estas iras, era más bien una cierta clase de injusticia gratuita producida por la estupidez de sus semejantes. En una ocasión le vi romper una mesa de un puñetazo, como si fuese de papel, cuando el patrón de una taberna de Amberes golpeó a una de las meseras del lugar que había dejado caer la bandeja llena de jarros de cerveza. Cinco gigantes de la policía portuaria lograron controlarlo después de una lucha que dejó a tres de ellos listos para ir al hospital.

Cuando le conté a Jensen la acogida que me había dispensado Cathy, mi amigo no quedó muy convencido y, como ya lo dije, me previno contra la sobrina del galés. Como éste, pasados varios días, no daba señales de vida, resolvimos indagar con Cathy sobre el paradero real del armador. Las respuestas de la muchacha fueron de una vaguedad inquietante y Jensen se propuso investigar por su cuenta el asunto. Para acabar de complicar las cosas, la joven intentó una noche meterse en la cama de Sverre, usando la misma desenvoltura que había aplicado conmigo. El noruego la sacó con cajas destempladas. Ya le corrían sospechas sobre las intenciones de la joven. Pasaban los días y nuestro dinero estaba llegando a su término cuando, por una casualidad inaudita, cayó en manos de Sverre un trozo de papel escrito a lápiz que apareció en las páginas de una Biblia que mi amigo, como buen protestante, leía de vez en cuando. Era una dirección en Portsmouth, prácticamente ilegible, y un número de cinco cifras que era fácil colegir que correspondía a un teléfono de esa ciudad. Resolvimos llamar desde un bar que frecuentábamos a diario y nos contestó Glanmor Conway en persona. Nuestra sorpresa no fue muy grande, ya que algo sospechábamos del famoso cuento de Bristol forjado por Cathy. Lo que supimos por boca de Conway nos acabó de ilustrar sobre el delirante infundio en el que habíamos caído, yo el primero y sin excusa posible. La casa en Brighton estaba en venta y Conway había dejado allí a su presunta parienta para que ayudase al personal de la agencia encargada de mostrar el inmueble. Con Cathy, Glanmor nos había dejado razón de comunicarnos con él, toda vez que había resuelto liquidar definitivamente su negocio y vendido las embarcaciones que aún estaban registradas a su nombre. En ningún momento había dado instrucciones para que nos alojásemos en su casa, cuyo uso y administración corrían, como era obvio, por cuenta de la agencia inmobiliaria. Sentía mucho la burla de la que habíamos sido víctimas y nos prevenía muy seriamente contra las artimañas de Cathy, que había pasado al servicio de la agencia desde el momento en que Conway abandonó Brighton. Desde luego, debíamos abandonar el sitio de inmediato, si no queríamos tener problemas con los corredores de finca raíz que entenderían nuestra presencia allí como una flagrante violación de domicilio.

Convinimos, antes de volver a la casa de Conway, en salir de allí de inmediato sin dar explicación alguna a Cathy. La joven nos vio arreglar nuestras cosas y no abrió la boca para interrogarnos sobre nuestra partida. Cuando descendíamos la escalera gritó desde el desván:

—¡Qué par de imbéciles. Aquí hubieran podido vivir todo el tiempo que quisieran sin

pagar un centavo! No entendieron nada —esto lo decía entre risas histéricas.

Regresamos a la pensión de la italiana, quien aceptó que Sverre durmiera en un sofá arrumbado en la habitación que yo había ocupado antes y sólo cargó unos pocos chelines de más. El único comentario que hizo fue:

—Dudo que vaya a caber allí. No había visto un hombre tan grande.

Jensen volvió a mirarme como preguntándose si todas las mujeres que se cruzaban ahora en nuestro camino se habían vuelto de repente un poco tocadas. Me alcé de hombros y le propuse que hiciéramos cuentas de nuestros haberes porque temía que, entre ambos, no reuniáramos dinero para sostenernos por mucho tiempo. El balance era justo. Comiendo una vez al día y prescindiendo del siniestro escocés de los bares de Brighton, el dinero apenas nos alcanzaba para subsistir un par de semanas a lo sumo. Como ésta ha sido por lo común mi situación desde cuando tengo memoria, el asunto no me preocupaba en demasía. Jensen, nórdico mesurado y austero, entró en un pánico que trataba de disimular sin conseguirlo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Maqroll? El viejo Conway nos hubiera arrendado el barco y adelantado algún dinero. En eso confiaba yo para seguir adelante. Te confieso que no se me ocurre nada —la voz le salía de la garganta con tono pastoso que transmitía un melancólico desánimo que no podía ser más inoportuno en ese momento.

—Para comenzar —le dije, poniendo en mis palabras un entusiasmo que en verdad no me salía muy convincente—, hay que dejar esta horrible ciudad que es la que nos ha traído todos estos descabros. Sus edificios victorianos y los no menos ominosos del ilustre heredero, no pueden sino atraer la malaventura. ¿Sabes por qué, entre otras cosas? Porque los han construido frente al mar y ésa es una afrenta que los dioses no perdonan. Todos esos rostros descoloridos y ávidos de la gente, que anda como zombi por las calles de Brighton en su deseo de olvidar el hastío londinense, nos dicen que estamos en tierra de difuntos. ¿No te das cuenta de que aquí todo es de mentira y por eso todo vuelve a ser verdadero? No hay sino la muerte vigilando las grandes bóvedas de cristales coloreados, los retorcidos hierros que tratan de repetir épocas abolidas y el rebaño de borregos que no saben a qué vinieron. Con el dinero que nos queda vámonos de aquí no importa adónde, pero vámonos.

Sverre estaba acostumbrado de tiempo atrás a mis fobias e imprecaciones y consintió en que huyéramos de inmediato. En efecto, al día siguiente nos metimos en un carguero que iba a Saint-Malo y en el que nos permitieron tender nuestras hamacas en una cabina al lado del cuarto de máquinas, en medio de un estruendo de todos los demonios y un olor a diésel que quitaba el apetito. De mí sé decir que me sentí en el paraíso sabiendo que nos alejábamos de esa siniestra pesadilla, refugio de una *middle class* que, en verdad, se muere de hambre conservando una dignidad ficticia. Dos días con sus noches duró la travesía porque tuvimos que hacer escala en Cherburgo para descargar no sé qué mercancía. He navegado en toda clase imaginable de navíos, pero nunca había surcado las aguas en un armatoste semejante al *Pamela Lansing*, nombre que sólo servía para aumentar la grotesca desventura de su aspecto. Según nos lo confesó su capitán, un irlandés que parecía haber sido rescatado a último momento del patíbulo, el barco había servido para transportar tropas a Gallípoli durante la Primera Guerra Mundial. Con esto estaba todo dicho.

Cuando descendimos en Saint-Malo aún persistía en nuestros oídos el infernal traqueteo de las máquinas y de las planchas del casco del *Pamela Lansing*. Pero fue durante esos dos días con sus noches cuando tuve la revelación de que un sombrío presagio pendía sobre el destino de mi buen Sverre. Trataré de relatar cómo llegué a esa certeza sin que mi amigo hubiese proporcionado en forma explícita ningún dato que me permitiese acoger tan funesta certidumbre. Desde cuando nos encontramos en Brighton percibí en él, por debajo de su cordial acogida, un cierto cansancio, algo como un despego de los asuntos y trabajos que antes absorbían la totalidad de su mesurado entusiasmo. Por otra parte, era evidente que la causa de esta condición no era física; estaba tan rebosante de salud y vigor como antes. Provenía de algún rincón del alma desde el cual emanaba una sustancia tóxica que lo distanciaba paulatinamente de las cosas del mundo. Como sabía que sus convicciones religiosas se concretaban a cumplir rutinariamente con algunos preceptos de su fe protestante, no atribuí el estado de Sverre a problemas nacidos de sus relaciones con su conciencia. Traté en varias oportunidades de acercarme con la mayor discreción al tema que me preocupaba y Jensen rehuía indefectiblemente cualquier confidencia. Su esposa había muerto hacía muchos años a causa de un prolongado cáncer que la hizo sufrir cruelmente sin que jamás profiriera la menor queja. Sverre estuvo a su lado con un amor y una dedicación conmovedoras. No tuvieron hijos y el noruego volvió a sus largas incursiones pesqueras sin pensar jamás en volver a casarse. Yo le conocía en algunos puertos amigas con las que conservaba una relación, si no amorosa, sí teñida de una cordialidad divertida y siempre dentro de un tono regocijado hasta donde su flema escandinava se lo permitía. Era bien característico de tan particular sentido del humor el que a todas les decía por un nombre diferente al que tenían. Recuerdo, por ejemplo, a una Florence a la que insistía en llamar Rosalie y se empeñaba en que había nacido en Grenoble, cuando en verdad era de Seattle y no hablaba una palabra de francés. Las cosas se complicaban cuando se presentaba una diferencia más radical: a una negra de Martinica que lo mimaba en extremo, se divertía mucho con él y festejaba su arribo con mil muestras de cariño, se empeñó en llamarla Yukio San, lo que suponía dos absurdos intolerables ya que el tratamiento de san en este caso no era admisible.

Otra de las constantes del carácter de mi amigo era lo que pudiera llamarse su convenio con Dios. No era hombre de costumbres religiosas regulares ni arraigadas, pero siempre que se evocaba frente a él al Ser Supremo, ya fuera en el curso de alguna maniobra marinera arriesgada o ya en medio de algún negocio que se entorpecía en su curso por cualquier motivo, Sverre hacía un enfático gesto con la mano como para separar algo muy delicado que estuviese a su vera y repetía, en cada ocasión, la misma frase: «A éste lo dejamos aparte por ahora. Ya tiene bastantes problemas en que ocuparse». Me llamaba la atención que lo decía con la mayor seriedad y sin ánimo de pronunciar una frase divertida y, menos aún, sentenciosa. Hablaba en ese momento con el mismo tono con el que hubiera dicho «Bájale velocidad al motor izquierdo» o «No hay que forzar el cabrestante hasta ese punto. ¿No ven que está recalentado?». Lo que siempre me pareció notable era que nadie, que yo recuerde, se atrevió a replicar a Sverre cuando ponía a Dios al margen de cotidianas tareas, ni tampoco a responderle con un argumento de la más elemental teología, que hubiera podido ocurrírsele a tanto hijo de pastor dedicado a las tareas del mar como suele haber por los lugares que frecuentábamos en nuestras temporadas de pesca.

Podría ahora traer a cuento muchos otros aspectos curiosos de la personalidad de mi compañero de tantos años, pero ya habrá oportunidad, espero, de mencionar algunos de ellos en el curso de esta historia. Por ahora sólo me resta decir que era uno de los hombres más pulcros en el cuidado de su persona y que sabía, en medio de las faenas de su oficio de marino, conservar impecable su indumentaria que era siempre de una sencillez ajena a toda afectación y, sin embargo, con un acento de elegancia muy particular. Cuando llegábamos a puerto y era preciso renovar algunas prendas de nuestro vestuario, era de verlo en los almacenes especializados en ropa marinera, escoger minuciosamente una camisa o un pantalón entre los muchos que le ofrecía el dependiente. El resultado de tan larga selección era siempre una prenda de color y corte inobjetable pero nunca vistosa.

Lo primero que me intrigó a su llegada a Brighton fue precisamente que, sin parecer descuidado, se notaba en su atuendo cierta falta de esa notoria vigilancia a la que solía someterse Sverre, a quien, en momentos de expansión, yo llamaba afectuosamente el «Beau de la Régence».

Al comienzo no le hice mayor caso al asunto, pero en el viaje a la costa de Bretaña pude constatar que esa indiferencia iba pareja con ciertas reflexiones que dejaba caer cuando menos se esperaban, cargadas de una vaga lejanía, un irse marginando de las cosas del mundo que acabaron por preocuparme. Recuerdo muy bien uno de esos diálogos, el primero tal vez, que me produjo un toque de alarma. Hablábamos de nuestras incursiones pesqueras por el archipiélago Alexander y del poco provecho que sacamos después de penurias sin cuento y de quemar un motor diésel luchando contra los hielos.

—Ya volveremos —comenté a guisa de consuelo— en una época más propicia. En esa zona hay buena pesca y lo sabemos de tiempo atrás.

—No creo que vuelva ni a las Alexander ni a parte alguna en donde tenga que pasar por lo que pasamos entonces —repuso Sverre con firmeza que despertó mi curiosidad.

—Bueno, a las Alexander o a otra región menos dura. No se trata de matarse trabajando para apenas sacar los gastos —añadí.

—No hay necesidad de matarse por ese camino. No hablo de eso. Morir es un pacto que hacemos con nosotros mismos. Lo importante es saber cuándo y cómo se cumple y estar seguro de que se trata de un viaje sin regreso. —Sverre hablaba con serenidad, casi diría con indiferencia. Pero era obvio que ya no estábamos en el tema de nuestras empresas pesqueras y que la conversación tomaba otro rumbo.

—Es curioso lo que dices —comenté—. Porque el pacto ya lo tengo hecho hace mucho tiempo, pero no creo que valga la pena hablar del asunto. Esas cosas dichas así, en voz alta, toman un cierto tufo melodramático.

—Tienes razón, pero sí creo que hay un momento en el cual es de obligada lealtad avisar a quienes nos interesan que ha llegado el momento de salir del juego.

—En eso, Sverre, estoy totalmente de acuerdo. No se trata tanto de despedirse como de advertir lealmente que no hay que contar ya con nosotros. Pero no sé por qué estamos hablando de esto —subrayé, con la intención de descubrir hasta dónde se proponía ir

mi amigo.

Sverre se quedó un momento pensativo y luego volvió a mirarme con sus ojos de un azul plomizo que habían perdido en ese instante toda transparencia. Era una mirada con la que deseaba a todas luces decir más que lo que expresaban sus palabras.

—Si con alguien en la vida debo hablar de esto es contigo —se limitó a decirme—. Por ahora olvidemos el asunto, pero que quede muy claro que eres el único que sabrá cómo y cuándo habré resuelto despedirme de este mundo de mierda y de sus no menos inmundos pobladores —sin decir más se dedicó a la ardua labor de cargar su pipa y de mirar hacia la costa bretona que siempre le producía una especie de encantamiento singular.

No era la primera vez que escuchaba a Sverre juzgar a sus congéneres en forma tan tajante. No era hombre proclive a la desconfianza pero tampoco a las amistades improvisadas ni a espontáneos entusiasmos. «No somos los hombres lo mejor que hay en la Tierra», me dijo un día en que tuvimos que sacrificar a un magnífico ejemplar de perro labrador que se había enfermado a bordo. La frase me quedó grabada como un aviso y un síntoma. Pero quien concluyera que el noruego era un alma amargada y rencorosa, se equivocaba del todo. Era indulgente y su paciencia tenía límites más que amplios. Simplemente, nuestra especie, como tal, no le producía interés alguno y su simpatía por ella, de existir, era puramente hija del razonamiento y nunca de un espontáneo sentido humanitario. En verdad no es fácil llegar al fondo de un ser con tales convicciones y sólo con el trato continuo y estrecho logré conciliar extremos tan opuestos.

Cuando desembarcamos en Saint-Malo caímos en la cuenta de que apenas nos quedaba dinero para vivir allí. Nos dedicamos algunos días a buscar trabajo, tarea que se dificultaba en extremo debido a nuestra falta del famoso *permis de séjour*, sin el cual es impensable ganar un salario en Francia. Quien primero logró ingeniarse la manera de burlar a las autoridades y conseguir unos francos para poder ir tirando en espera de una solución providencial fue Sverre. Comenzó descargando en los muelles un barco noruego como si perteneciese a la tripulación y, luego, siguió haciendo turnos de noche como reemplazante de cargadores ausentes por enfermedad u otras causas. Una parte del salario iba, como es obvio, al bolsillo de un capataz que se hacía el de la vista gorda. Habíamos conseguido un cuarto en una pensión de la Rue de la Soif, en medio del bullicio de bares y cantinas y de las riñas que se sucedían la noche entera entre gritos e insultos en todos los idiomas de la Tierra. Jensen dormía durante el día mientras yo recorría discretamente cafés y restaurantes baratos en busca de alguna cara conocida. Lo que nunca pude sospechar era que la solución, al menos transitoria, estaba justamente al lado nuestro. Puerta de por medio había un cabaret que anunciaba los inevitables números de strip-tease y un horario de licores *happy hours* que iba de las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche. No sé qué me llevó una tarde a entrar al más bien sórdido lugar que llevaba el atrevido nombre de Floating Paradise. Me acerco a la barra para pedir una cerveza y me encuentro de manos a boca con Leb Mason. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. La última vez fue en Tánger, una noche memorable durante la cual planeamos, con la ayuda de un feroz cognac falsificado, una operación de trata de blancas de las costas del Caribe destinada a surtir los prostíbulos de Marruecos y Túnez. Al día siguiente, las autoridades de inmigración invitaron con

cierta premura a Leb para que abandonara el puerto, cosa que tuvo que hacer de inmediato sin tener tiempo siquiera de avisarme de su partida. Luego supe que era requerido al menos en tres países por delitos que iban desde el contrabando de armas hasta la falsificación de documentos comerciales para evadir impuestos. Leb era de nacionalidad belga, hijo de una pareja de judíos radicados en Amberes desde comienzos de siglo. Entre los muchos incidentes de su atropellada vida, el único que se negaba a relatar con detalle era su participación en la lucha de los neosionistas de Jabotinski en Palestina. Yo sé esta historia a fondo y les aseguro que supera la más intrincada ficción que pueda imaginarse. Mason hablaba de Jabotinski como de un amigo personal. Sin duda lo conocía pero no, desde luego, con la cercanía de la que se ufanaba en las raras ocasiones en las que le escuché contar sus experiencias de terrorista en Haifa y en otros puertos del Mediterráneo oriental. Seguir luego las huellas de Leb Mason daría para un volumen de muchas páginas, catálogo de las más arriesgadas maniobras destinadas a burlar la ley y a sorprender a los incautos de los cinco continentes y los mares que los bañan.

Nos encontramos varias veces en el curso de esos años, pero jamás emprendimos juntos negocio alguno. Leb tenía la facultad especial de enfrentar sus designios desorbitados con dinamita y armas de alto poder y nunca ha sido ése mi camino. Hay, en esa clase de seres, una especie de voluntad de muerte, de insensato desafío sin salida, que tiene mucho de autoliquidación. Si bien es cierto que en mis andanzas he estado más de una vez en peligro de perecer, jamás he sentido prisa por desembocar en la nada que, de todos modos, en alguna esquina me está esperando. Sucede que prefiero dejarla allá, en esa esquina, que estarla provocando a cada instante para apresurar su aparición. Lo que es frecuente en seres como Leb es un ánimo generoso y una especie de bondad bestial y desmedida. Pero, como también sucede con muchos de ellos, Leb terminó por buscar un rincón apacible y mediocre en donde acabar sus días. Los verdaderos héroes del desespero y la furia se dan una vez cada siglo. Son los que logran alcanzar una suerte de grandeza mítica y ocupan en la historia un lugar excepcional y trágico que les confiere una permanencia de arquetipos del exasperado heroísmo sin salida.

Ya me había topado con Leb en Martinica vendiendo aparatos eléctricos en la tienda de un hindú paralítico que andaba por todo el almacén en silla de ruedas, refunfuñando en parsi instrucciones y regaños que caían sobre las hercúleas espaldas del antiguo militante del neosionismo sin jamás conseguir inmutarlo. Luego me lo vine a encontrar en un rincón desastrado que, bajo el reluciente nombre de La Plata agonizaba a orillas de un gran río que iba a desembocar en el mar de las Antillas. Consistía en un puñado de casuchas infectas y un siniestro cuartel del ejército en donde, allí sí, estuve muy cerca de dejar la piel. Leb venía en un barco de rueda que seguía haciendo el tráfico desde el interior del país hasta el puerto floreciente que acogía toda la riqueza del macizo andino. De su porte marcial y su andar firme a grandes zancadas de mercenario no quedaba sino un montón de huesos comido por la fiebre y el hambre. Sólo conservaba, allá en el fondo de sus ojos de un verde casi fosforescente, ese brillo letal, esa incandescencia de los que regresan de sembrar la muerte a su alrededor y de tener con ella tratos que los marcan para siempre. En el barco trabajaba en la cocina lavando platos y, en la noche, atendía en la cubierta la improvisada barra de un bar sirviendo un ron intomable y un aguardiente de anís que disolvía los sesos. Le conté que andaba allí en tratos para subir en mula a la cordillera una mercancía más que dudosa y él se

concretó a prevenirme:

—No se meta en eso. Sospecho de qué se trata y éstos no son sus terrenos. Yo sé lo que le digo.

Si le hubiese hecho caso no habría pasado por las pruebas que me esperaban y que me dejaron el miedo sembrado en las entrañas para siempre.

Y ahora, allí, en Saint-Malo, al lado mismo del cuartucho que compartía con el buen Sverre, vengo a tropezarme con Leb Mason, detrás de la barra de un bar iluminado con chillones colores de neón, en medio de una incongruente teoría de botellas, vasos y fotografías a todo color de mujeres desnudas en poses que querían ser sensuales y sólo conseguían ser de una tontería desarmante.

—Pero, Maqroll, ¿qué diablos hace aquí? Acaba de desembarcar seguramente. Tengo un buen *scotch* para clientes muy especiales. De pura malta. Le brindo uno ahora mismo para celebrar este encuentro.

Para mi sorpresa el whisky era de primera calidad y valía la pena saborearlo mientras nos contábamos, sin orden ni concierto, nuestras correrías. Cuando supo que hacía varias semanas vivía al lado con un amigo noruego, no pudo creerlo. Le conté nuestra frustrada tentativa en Brighton para reanudar actividades.

—¿En Brighton? —comentó sorprendido—. Es el último sitio en donde hubiera podido imaginar que pisara el asfalto.

Le quedaba de sus días de niñez en la sinagoga ese lenguaje a menudo florido y rebuscado que su pueblo conserva como nostalgia de la tierra donde lo instaló Jehová. Al segundo whisky le conté que andaba en las últimas y no tenía perspectiva alguna de encontrar trabajo. De inmediato me ofreció dinero para que fuera pasando. No se lo quise aceptar. Intenté saber primero cuál era su situación y en qué pasos andaba. Me lo explicó en pocas frases. Vivía con la dueña del lugar, una judía nacida en Niza cuyo marido había muerto luchando en el frente de Aragón en las brigadas internacionales. Leb había sido en su juventud amigo del esposo, del que lo separaban las convicciones políticas pero por quien guardaba una calurosa simpatía. La viuda supo abrirse paso en la vida y reunir algún dinero que le permitió comprar el Floating Paradise con todo y su nombre intransitable. Allí había ido a parar Leb por una de esas casualidades que no son tales sino que pertenecen a la vasta e intrincada red de caminos que nos está impuesta desde siempre. Pasó a informarme cómo era el funcionamiento del lugar en donde el strip-tease —harto improvisado y elemental, por cierto— era un pretexto para atraer marinos de paso por el venerable puerto bretón que fuera cuna de los temibles filibusteros, a veces al servicio de su muy cristiana majestad y otras al de su propia bolsa, siempre huera de escrúpulos, como es obvio. En el Floating Paradise las tripulaciones de los cargueros que, en su gran mayoría, venían de Inglaterra y de Holanda, tenían oportunidad de pasar un buen rato, tomarse unas copas y llevarse una más que complaciente mujer a la cama. La muchacha, desde luego, estaba obligada a dejar una parte del dinero en la caja del cabaret.

En esto entró al salón una mujer opulenta y sonriente que sabía llevar sus sesenta cumplidos con un garbo y una autoridad en verdad imponentes. Los párpados encapotados y la barbilla generosa no lograban disimular su infalible instinto para

juzgar situaciones y personas heredado tras varios milenios de diáspora. Leb nos presentó y de inmediato se creó entre nosotros una corriente de simpatía indiscutible. Se llamaba Denise, pero algo me hizo pensar que ése no era su nombre de pila. Se sentó en un banquillo al lado del mío y pidió a Leb que le sirviera lo mismo que yo estaba tomando.

—Bueno —comentó mientras no me quitaba los ojos de encima, con una curiosidad que hubiera parecido infantil si no se tratara de tan imponente matrona—, así que por fin tengo la suerte de conocer al legendario Gaviero del que he escuchado tantas historias.

—Leb exagera —aclaré prudente—. Comparada con la suya mi vida ha sido más bien sosegada y formal.

—Si sólo supiera de usted por Leb, tal vez estaríamos de acuerdo. Pero he recibido noticias tuyas por otros conductos y creo que la vida de ustedes dos podría compararse si eliminamos la dinamita y las Uzi que enloquecieron a éste por tantos años.

Era evidente que la mujer sabía lo suyo sobre mí, pero en ese momento no estaba yo de humor para seguir averiguando por sus fuentes de información. Preferí concretarme al presente, ya de suyo bastante incierto, al menos en mi caso. Volví a mencionar a Sverre Jensen y, de paso, hablé de su trabajo en los muelles.

—Debe abandonar eso hoy mismo. Es muy peligroso —dijo Denise en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Ya veremos qué se hace con él. Por ahora usted va a estar en la noche con Leb en el bar. La tarea está resultando un poco dura para él solo. Con su amigo noruego ya veremos qué se hace. No se preocupen por el pago del alquiler del cuarto. Esa casa es mía y esos cuartos sirven para lo que ya se habrá dado cuenta.

En efecto, el movimiento de parejas en la noche era bastante notorio, pero no lo había relacionado con la existencia del club nocturno aledaño. Recordé también que el portero, un anciano nonagenario con blancos bigotes de foca, que andaba siempre apoyado en un bastón de pastor alpino que temblaba constantemente, dando la sensación de que el hombre se iba a derrumbar de un momento a otro, me había mencionado en dos ocasiones a la dueña de la casa. Hablaba de ella como de alguien que no toleraba retrasos ni pretextos en el pago semanal. Cuando se lo mencioné a Denise, me contestó con la mayor naturalidad:

—Sí, es mi padre. Ya va a llegar a los cien años. Le falta poco. Pero no quiere quedarse tranquilo en casa y se distrae atendiendo a la clientela y discutiendo todo el tiempo por cualquier motivo. Eso lo mantiene alerta.

Pensé en la sorpresa que le esperaba a Sverre cuando se despertara para ir al trabajo. La misma Denise fue a decir a su padre que cuando descendiera el huésped del número tres, le dijera que lo esperábamos en el bar de al lado y que por ningún motivo se fuera sin pasar a vernos. Una nueva botella de whisky de malta vino a reemplazar la que ya habíamos terminado y seguimos los tres tratando de aportar piezas al complicado rompecabezas de un pasado irremediable.

Jensen apareció hacia las ocho de la noche con su corpulenta humanidad y su cara huesuda de *viking* apaleado en donde aún quedaban restos de un sueño que se resistía a partir. Yo estaba ya al otro lado del bar y comenzaba a servir a los primeros

parroquianos. Leb me susurraba instrucciones sobre el lugar de los vasos adecuados en cada caso y las botellas que servían para atender las órdenes de los clientes. Era evidente que algunas estaban destinadas a clientes especiales y así lo aprendí de inmediato. Denise seguía en la barra de espaldas a nosotros controlando la llegada de las primeras mujeres que la saludaban con un leve movimiento de cabeza e iban a sentarse en las mesas que la costumbre les había asignado. Sverre se me quedó mirando sin mostrar la menor sorpresa sino, más bien, como si estuviera asistiendo a algo que había previsto de antemano y que veía cumplirse con toda naturalidad. Le presenté a los dueños del lugar y en pocas palabras lo puse en antecedentes de mi relación con Leb.

—Antes de ir al muelle mucho me gustaría compartir con ustedes una copa de lo que están tomando —acababa de olfatear mi vaso dando muestras de una aprobación sin reservas.

—Usted no va a ir a ningún muelle, amigo. Le invito a quedarse aquí para liquidar esta botella de *malt* que los estaba esperando hace muchos meses.

A estas palabras de la dueña Sverre no supo qué contestar y se quedó mirándola extrañado de tanta autoridad en relación tan reciente.

—Y quién va a pagar el cuarto si yo no trabajo. A no ser que Maqroll, detrás de esa barra, gane lo que me dan en los muelles. Pero no creo en tales maravillas. —Sverre se hallaba perdido en una confusión que torturaba su flema.

Le hice señas de que ya hablaríamos y que obedeciera a nuestra amiga. Ésta vino en mi auxilio para dar por terminado el asunto:

—Mire, Jensen. Usted no sabe a lo que se está arriesgando al trabajar en los muelles en esas condiciones. El sindicato aquí no se anda en contemplaciones y una madrugada lo van a encontrar flotando en la bahía con un gancho atravesado en el pecho.

Sverre tomó las palabras de la dueña con una conformidad que me dejó intrigado. Se tomó su *scotch* de malta saboreándolo lentamente y se sirvió otro sin siquiera volver a mirarnos. Pasamos largo rato en silencio y Denise partió para ordenar no sé qué cosa a un par de muchachas que acababan de instalarse en una mesa cerca de la entrada. Leb miraba de vez en cuando de reojo a Sverre y volvía los ojos hacia mí haciendo un gesto que quería indicar una cierta simpatía frente a la callada actitud de mi amigo. Por fin éste volvió a mirarnos como saliendo de un sueño profundo y habló en voz apagada pero firme:

—Todo esto lo vi venir desde hace mucho tiempo. Ya lo sé: se acabaron nuestras expediciones pesqueras en el Pacífico norte, se acabó el mar y se acabó también la perpetua lucha contra los elementos que siempre terminan por tener la razón. Y ¿saben una cosa? Hace rato también he caído en la cuenta de que nunca me gustó ese oficio y de que el mar es un enemigo monótono, terco y cruel con el que jamás hubiéramos debido tener ninguna relación. Maqroll ha entendido eso muy bien y, de vez en cuando, se interna en la tierra aunque sea para cambiar de esclavitud y vérselas con otros demonios. En el fondo es lo mismo, ya lo sé, pero por lo menos le queda el recurso de no dejarse moler por una rutina infame que siempre da la espalda y para la que somos apenas una brizna de polvo desdeñable e intrusa. Por ahora, aquí me quedo. Ya

veremos después. Pero al mar nunca más, ¿lo oye bien, Maqroll? Nunca más. Gracias, Leb, y gracias también a Denise. No me han abierto los ojos, precisamente. Ya los tenía abiertos. Lo que han hecho es iluminar el escenario. Ya vi claro. Salud.

De un solo trago apuró la copa que acababa de servirse. Su rostro no indicaba la menor tensión, la menor ansiedad. Estaba instalado en esa serenidad a la que debían tornar sus abuelos después de las feroces incursiones en el continente. Daba la impresión de haber conquistado un orden del cual ya no saldría jamás. En sus ojos titilaba de vez en cuando una lucecilla que indicaba el terrible poder de las fuerzas que en su alma iban ocupando su lugar después de años de enconada rebelión sin alivio.

Sverre no volvió, desde luego, a los muelles y pasaba buena parte del día sentado en el borde de las murallas que cercan la ciudad vieja, mirando al mar y vigilando la subida de la marea cada tarde como si se tratase de una operación novedosa de la que dependiera su destino. No me molesté en explicarle que, al final de una pequeña península, en un promontorio que al caer el día quedaba separado de la tierra como si fuese una isla, estaba enterrado uno de los escritores que más me han acompañado: Chateaubriand. A él eso no le diría nada y todas las dudas y perplejidades, tempestuosas convicciones y pasiones del vizconde lo hubieran dejado indiferente.

En la noche se reunía con nosotros en el Floating Paradise y tomaba uno tras otro, lentamente, varios vasos de ron. El whisky de malta se había terminado muy pronto y nos pasamos al ron para no gravitar sobre las escasas ganancias de Leb y Denise. Aquél se interesaba mucho en Sverre y vigilaba sus reacciones con una mezcla de afecto y de inquietud. Se hicieron buenos amigos pero apenas se comunicaban entre sí. Yo seguía ayudando a servir en el bar, lavaba los vasos y mantenía listo el hielo y algunos otros elementos indispensables para preparar de vez en cuando los cocteles que raros clientes ordenaban. Cada vez que insistía con la pareja en tomar alguna determinación respecto a nuestro inmediato futuro, al unísono ordenaban que olvidase el asunto y dejara que corrieran los días sin presionar al destino.

—Por el cuarto no se inquieten, por favor —explicaba Denise—. Si alguna vez se necesita, sencillamente les pido la llave y se ocupa mientras ustedes esperan aquí abajo. Todo vendrá en su momento, no hay prisa.

No sé si ella era consciente de cuánta razón había en sus palabras. Una noche, pocas semanas después de que dejara los muelles, Jensen nos comunicó impertérrito:

—Con el dinero que me queda puedo pagarme un pasaje a Bergen. Voy a tomar el primer carguero que pase por aquí en esa dirección. En Bergen me albergaré en el Refugio del Marino y desde allí les enviaré mis noticias —siguió tomando su ron con minuciosa lentitud, la mirada perdida en los espejos que repetían la abigarrada colección de botellas de todos los colores.

Lo había anunciado con tal convicción que ninguno de nosotros se atrevió a hacer ningún comentario. Denise partió moviendo la cabeza para indicar que el asunto no tenía remedio y fue a sentarse en una mesa donde esperaban dos esbeltas morenas recién venidas del África Ecuatorial. Leb y yo limpiábamos los vasos con gestos automáticos y nos quedamos un buen rato en silencio. Cuando Sverre se despidió para subir a acostarse, Leb me comentó en voz baja:

—A nuestro amigo se le ha terminado el combustible. Quiero decir que ya no le quedan razones para seguir nadando contra la corriente, que es lo que usted y yo seguimos haciendo, sepa el demonio cómo y por qué. He hecho saltar la tierra en las cuatro esquinas del mundo y es mucho el plomo que he sembrado en cuerpos anónimos que, en el fondo, me eran indiferentes. Yo sé cuándo se agota el combustible y se empieza a vivir como flotando sobre el abismo. Usted y yo seguimos jalando como si nada. Para otros es, sencillamente, el final del viaje.

No había nada que comentar a sus palabras, que resumían muy justamente nuestra situación y la de Jensen.

Pocos días después pasó un carguero que venía de la costa del Cantábrico e iba a parar en Bergen antes de cruzar el Atlántico hacia Montreal. Sverre se despidió de Leb y de Denise con un apretón de manos y sin pronunciar palabra. En la puerta del establecimiento volvió a mirarlos y les dijo con una gran sonrisa y un amplio gesto de adiós:

—Gracias, gracias por todo. No los olvidaré.

[Ir a la siguiente página](#)

Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

Tríptico de mar y tierra » Cita en Bergen

Página 56 de 64

Lo llevé hasta el barco y, al pie de la escalerilla, se quedó mirándome como si me viera por primera vez y me estrechó en sus brazos calurosamente. Farfulló algunas palabras incomprensibles y subió a pasos lentos, casi majestuosos, sin volver a mirarme. Le vi perderse en uno de los pasillos del puente con su mochila de marino a las espaldas.

Viví dos meses en Saint-Malo, ayudando a Leb y conversando largamente con Denise cuya probada sabiduría solía, de vez en cuando, dejarme perplejo. Una noche en que salí para comprar unas botellas de ginebra en un pequeño supermercado que abría toda la noche, se armó en el cabaret una trifulca entre marinos. Cuando entré ya había llegado la policía y se había llevado a los más rijosos. Recostado en la barra estaba Vincas Blekaitis restañándose con un pañuelo la sangre que le salía de una herida en el pómulo izquierdo. Me acerqué a él para tratar de ayudarlo, y lo único que se le ocurrió comentar fue:

—Te perdiste esta vez de una buena, Gaviero. No logré meter a mi gente en orden y tres de ellos van a parar seguramente a la cárcel por un tiempo. Hubo dos heridos graves. ¿Y tú que infiernos haces aquí?

Vincas, como se sabe, fue capitán de varios cargueros que nos habían pertenecido a Abdul Bashur y a mí. Era un lituano con una experiencia marinera como he conocido pocas. Le expliqué cuál era mi situación y le presenté a Denise y a Leb que miraban la escena intrigados. Denise se llevó a Vincas a una pequeña oficina instalada detrás del bar y allí le curó la herida y le puso un vendaje. El lituano regresó para apurar, uno tras otro, varios vasos de vodka. Venía conduciendo un carguero que hacía cabotaje desde Lisboa hasta Hamburgo. Los dueños eran unos armadores portugueses que habían contratado a Vincas hacía dos años y se mostraban muy complacidos con sus servicios.

Blekaitis me invitó a que subiera con él al barco y allí me propuso un trabajo a su lado sin funciones muy específicas. Acepté complacido y regresé para despedirme de mis amigos.

—Como pasará por aquí cada vez que suban hasta Hamburgo, le veremos siempre. No le insisto en que se quede porque sé que no tiene remedio. Vaya con bien y vuelva pronto —esas palabras de Denise iban acompañadas de sonoros besos en las mejillas, mientras algunas lágrimas le asomaban a los ojos. Leb me echó la mano en el hombro y me acompañó hasta la puerta del cabaret. Allí se despidió con un sordo *shalom ve lehitraot* y regresó sin decir más.

Los años que duró mi trabajo con Blekaitis antecedieron de inmediato a mi instalación en Pollensa como celador de unos astilleros abandonados en las afueras del puerto. Durante mis primeras semanas con Vincas no pude quitarme de la mente el recuerdo de

Sverre Jensen. Mi amistad con él tenía una característica particular: estaba directa y exclusivamente relacionada con nuestra vida en el mar. Esta relación era muy estrecha, siempre cordial y basada en un mutuo entendimiento de nuestras a menudo opuestas maneras de entender la vida y las relaciones con nuestros semejantes. En tierra, nuestro diálogo se iba marchitando, sin que por ello se afectara nuestra amistad. Era como si fuera del mar cada uno tomara su camino en dirección inversa, quedando intacto el afecto que volvía a resurgir en el momento en que tornábamos a navegar juntos. En los largos períodos durante los cuales nos quedábamos en tierra, Jensen solía refugiarse en algún puerto de su patria y yo emprendía mis acostumbradas correrías buscando un pretexto para ocupar esa ansiedad trashumante que ha signado mis días desde que tengo recuerdo de ellos.

Las palabras con las que se había despedido Jensen en Saint-Malo me dejaron un sabor desolado y amargo, una aciaga premonición. Mis temores no tardaron en confirmarse. No se habían cumplido seis meses desde nuestra separación, cuando nuestro barco se detuvo en Saint-Malo para hacerle al motor unas reparaciones que prolongasen un poco más su hoja de servicios. Lo primero que hice al desembarcar fue ir a saludar a los propietarios del Floating Paradise. Después de los abrazos maternos de Denise, Leb me alargó un sobre dirigido a mi nombre con estampillas de Noruega y matasellos de Bergen. Su rostro inexpresivo y gris no anunciaba nada bueno. Guardé la carta en un bolsillo de mi chaqueta y Leb me dijo con voz apagada:

—Es mejor que la lea ahora. Entre en la oficina, allí estará tranquilo y a solas.

Fui a encerrarme en el pequeño cubículo que ellos llamaban su oficina. La carta de Sverre estaba escrita en inglés.

Era el idioma que usábamos entre nosotros. Reconocí su caligrafía neta y severa que debió aprender en sus años de escuela y que jamás abandonó. Transcribo el texto tratando de conservar el estilo directo y casi telegráfico tras el cual se ocultaba un adiós sin retorno y su lancinante congoja. Decía así:

Mi querido Gaviero:

He resuelto quitarme la vida. A nadie le explicaría los motivos de esta decisión que, por lo demás, creo que a nadie pueda interesar, de no existir usted a quien he considerado siempre mi mejor y —¿por qué no aceptarlo?— mi único amigo. El suicidio es algo en lo que he pensado desde hace muchos años. Ya en mi adolescencia fantaseaba mucho con la idea. Es evidente que la vida en el mar, que es la única que concebía como posible, se ha acabado para mí. Ya hemos hablado de esto en innumerables ocasiones. Usted tiene la facultad de adaptarse, por un tiempo al menos, a la vida en tierra. Si bien es cierto que siempre acaba buscando la costa y subiéndose al primer barco que lo recoja. Yo nunca lo he logrado. En tierra me sobra el tiempo y me va ganando un hastío que acaba paralizándome. Pero en verdad no es ésta la razón principal de mi suicidio. Aunque tuviese de nuevo la oportunidad de navegar, me doy cuenta de que he ido acumulando de tiempo atrás algo que no se me ocurre definir mejor que como un fastidio de estar vivo, de tener que escoger entre esto y lo otro, de escuchar a la gente a mi alrededor hablando de cosas que en el fondo, o no les interesan o no las conocen de verdad. La necedad de nuestros semejantes no tiene límite, Gaviero querido. Si no sonara absurdo, yo le diría que me voy porque no

soporto más el ruido que hacen los vivos. Usted es el único en entender lo que estoy diciendo. Nunca hemos hablado de nuestra amistad, entre otras cosas porque desde el primer viaje que hicimos juntos —¿recuerda esa pesquería por Tierra del Fuego, nuestro desastroso final en puerto Aysén y el inglés que usted tuvo que matar de tres tiros porque se quería quedar con todo y dejarnos allí tirados con la ropa que llevábamos?— creo que supimos comunicarnos sin tener que acudir a las palabras. Es claro que las cosas que en verdad nos conciernen y determinan nuestro destino no son para ser habladas. Tampoco ahora las palabras van a servir de mucho para despedirme. Despedida algo relativa porque mientras usted viva sé que, de vez en cuando, se acordará del viejo Sverre y de los peligros, ansiedades, fracasos y éxitos fugaces que compartimos en casi todos los mares del mundo. ¿Quiere saber cuándo me di cuenta de que ese vago coqueteo con el suicidio tomaba una forma concreta e inmodificable? Una noche en Vancouver, en la taberna de Cass Montagüe, cuando, después de romper toda la cristalería del bar y no sé cuántas sillas y de haber hecho desocupar el local, nos sentamos uno frente al otro mientras Cass se jalaba los pocos pelos que le quedaban y no entendía nada de lo sucedido. Usted se me quedó mirando y me dijo, con una seriedad que conozco muy bien y que guarda para pocas ocasiones y personas: «Jensen, si fuéramos consecuentes con lo que sentimos allá en el fondo sobre todo esto; sobre la vida, pues, tendríamos que pegarnos ahora mismo un tiro. No será así. Mañana subiremos de nuevo al barco en busca de un atún que, finalmente, de nada nos ha de servir porque no es por ahí por donde se arreglan estas cosas». Se quedó en silencio hasta cuando vino la policía y nos encerraron cuatro días en la cárcel. Los abogados se llevaron todo lo que habíamos ganado en la última pesca. Yo no estaba tan borracho como usted y esas palabras me quedaron grabadas hasta hoy cuando he resuelto hacerlas mías y partir.

Sería necio echar sobre sus hombros responsabilidad alguna. Si le cuento esto es porque, desde mucho antes de escuchar su sentencia en Vancouver, había tomado ya, allá en el fondo, la determinación de no aguantar sino hasta cierto límite, incierto, tal vez, respecto al momento propicio, pero, totalmente fundado y definitivo. También quiero decirle que quien acabó por aclararme las pocas razones aún no evidentes y que yacían escondidas en algún rincón del alma, agazapadas y listas a saltar a la superficie, fue su amigo Leb. Nunca hablamos de esto él y yo pero sé que desde el primer instante en que nos vimos, Leb supo que yo iba por este camino. Denise, su mujer, también lo supo. Le repito, y usted lo sabe mejor que nadie, esas cosas no se hablan.

Bueno, Maqroll de todos los demonios, basta de discursos. Me voy y le agradezco a la vida el haberme puesto en su camino. Eso es todo. Siga dando tumbos por el mundo. Ya sé que otra será la puerta que escoja para salir. Cualquiera que ésta sea, lo espero al otro lado para que me cuente cómo fue su salida. Me queda pendiente esa única curiosidad en este mundo que dejo sin pena pero tampoco esperando encontrar nada en la otra orilla. Adiós, Gaviero, o hasta pronto, quién sabe y tampoco importa.

Sverre.

Leí varias veces la carta y regresé con ella en la mano para encontrarme con Leb y

Denise.

—Se mató, ¿verdad? —dijo Leb con certeza que me intrigó.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté alargándole la carta que pasó a Denise sin leerla.

—Desde cuando apareció por esa puerta, supe que lo haría.

—Eso dice en la carta. Léala usted también.

—Ya lo haré en su momento. ¿Sabe una cosa? Envidio a Jensen. Nunca seguiré su ejemplo, jamás he pensado en hacerlo por graves que hayan sido las pruebas por las que he pasado. Pero lo envidio. Hay algo limpio y neto en su gesto que admiro.

Denise alargó la carta a Leb y éste la leyó moviendo a cada momento la cabeza en señal de asentir con las palabras de Sverre. Me la devolvió sin hacer comentario alguno. Apuré el vodka que me había servido Denise y me despedí de la pareja.

Ya en la puerta, Leb me llamó:

—¡Maqroll!

Me volví para escucharlo.

—No, nada —dijo Leb—. Siga dando bandazos como barco sin piloto. Es otra forma de hacer lo que hizo Jensen.

—Sí, es lo mismo —respondí y me interné en el laberinto nocturno de las callejas de Saint-Malo, en dirección al puerto donde me esperaba el barco que partía a la madrugada.

[Ir a la siguiente página](#)

Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

Tríptico de mar y tierra » Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviro con el pintor Alejandro Obregón

Página 57 de 64

Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviro con el pintor Alejandro Obregón

A la memoria de Micho, de Michín

y de Orifiel, y para Miruz y Mishka

que nos acompañan y protegen con

su remota y eficaz sabiduría.

Sólo trajimos el tiempo de estar vivos

entre el relámpago y el viento.

EUGENIO MONTEJO

Non, non, pas acquérir. Voyager pour

t'appauvrir. Voilà ce dont tu as besoin.

HENRI MICHAUX

*

Estaba en Madrid, saboreando un fino en el bar del Hotel Wellington, un lugar que siempre me ha gustado y donde me hospedaba en tiempos mejores para estar cerca del parque del Retiro, cuyo amable sosiego finisecular ejerce en mí una acción sedante y evocadora. Me hallaba abstraído descubriendo en el borde de las cosas esa luz dorada de la tarde madrileña que deja todo como suspendido en el aire. Una vez más, pude constatar que estaba en la que fue frontera de Al-Andalus.

De repente, un brazo de hierro me apresó por la espalda y, sin conseguir hablar, quedé inmovilizado. El roce en la nuca de unos grandes mostachos a la Franz-Joseph me denunció al agresor: «¿Qué carajos haces aquí?», dijo mientras me soltaba y yo me volvía para confirmar mi sospecha. Era Alejandro Obregón. «No tenía ni puta idea de que estabas en Madrid», me reclamó, mientras se sentaba a mi lado y ordenaba también un fino. Sus ojos azul pizarra me escrutaban con esa curiosidad propia de nuestros amigos pintores para descubrir en los demás el paso del tiempo. Hacía cinco o seis años que no nos veíamos. Allí estaba Alejandro, macizo, intenso, tratando de

romper, con el mayor pudor posible, su trabada timidez de los primeros instantes del encuentro; rasgo que fue uno de los signos más constantes y comovedores de nuestra larga relación. Obregón, es bueno saberlo, escondía, detrás de varias capas de camaján que a nadie convencían, a uno de los hombres con mejores maneras que recuerdo haber tratado.

Poco después llegaron algunos amigos de Alejandro, entre los cuales estaba el torero Pepe Dominguín. La conversación se hizo general y caímos en el tema del día: la muerte de un joven torero, en plena gloria, que acababa de ser cogido en un pueblo andaluz. Alejandro y su esposa salían para Colombia a la medianoche. Carmen y yo estábamos llegando y preparábamos nuestro segundo viaje a Galicia para visitar al Apóstol. Al margen de la charla deshilvanada y más bien insulsa, natural entre personas que acaban de conocerse, Alejandro y yo tratábamos de ponernos al día en nuestros asuntos, en la vieja y siempre renovada corriente común de recuerdos, experiencias y afectos que nos une hace ya tantos años. Imposible. El tema de los toros seguía imperando con agobiante insistencia. De repente, por una palabra que dejó caer en un breve silencio del grupo, me di cuenta de que quería comunicarme algo sin ninguna relación con lo que allí se hablaba. Esta certeza se fue haciendo cada vez más aguda. Por fin, nos pusimos de pie, casi simultáneamente y, pidiendo permiso a los presentes, nos pasamos a otra mesa. Sin preámbulos, Obregón me explicó:

—Mira lo que son las cosas, desde hace semanas me urge hablar contigo y nunca imaginé que pudiera ser tan pronto. Tengo que contarte algo que te va a interesar muchísimo. Sólo a nosotros nos pasan estas vainas. Escúchame con cuidado que la historia es larga y no te puedes perder detalle. Te vas a quedar de una pieza: hace ya casi un año me encontré en Cartagena con un conocido tuyo, un tipo inolvidable sobre el que has escrito cosas que antes me parecían extrañas y ahora creo que te quedaste corto. Ya adivinaste de quién se trata, ¿verdad? Estuve con Maqroll el Gaviero.

Debo confesar que entre todas las posibles combinaciones del azar con las que especulo a menudo, nunca se me había ocurrido que tal encuentro pudiera acontecer. Pero, ahora que Obregón me lo contaba, me pareció, de repente, algo absolutamente lógico y previsible. Sólo me extrañó que no hubiera sucedido antes. En un instante se me presentó con evidencia la suma de rasgos comunes que unía a los dos personajes y las abismales diferencias que los separaban. Todo esto se lo dije atropelladamente, mientras me escrutaba entre inquisidor y sonriente, con esa mirada celeste que, cuando se fijaba con atención, se tornaba ligeramente violeta y distante. Nos quedaban aún un par de horas para estar juntos y, olvidando con escasa cortesía a nuestros compañeros de la otra mesa y a nuestras esposas que nos observaban divertidas e intrigadas, nos sumimos por entero en la historia de un encuentro que, en cierta forma, venía a completar el diseño en espiral de nuestras vidas. Relatar el episodio en las palabras mismas de Obregón supondría perderse en complicados médanos de interjecciones descomunales, de balbuceos indescifrables y de comentarios subordinados que terminaban en carcajadas homéricas. Corriendo el riesgo de que el asunto pierda mucho de su colorido y sabor, me resigno a transcribirlo en forma que el lector pueda seguirlo.

Una madrugada, Obregón llevó a una pareja de invitados suyos al hotel donde se hospedaban en Cartagena. Pensar en un taxi era francamente ingenuo y el marido se

había excedido en sus brindis de ron Tres Esquinas hasta el punto de no poder valerse por sí mismo. La esposa, una panameña mitad hindú y mitad irlandesa, se había lanzado a confidencias un tanto escabrosas sobre su pasado de corista en Bremen. Alejandro los subió a su Land Rover, con esa paciencia que sólo los bebedores serios saben tener con quienes no lo son, y los depositó, pasablemente refrescados, en el hall del hotel. Al regreso, transitando por una calle mal iluminada y de no muy buena fama por su cercanía a la zona de tolerancia, vio a dos hombres atacando a un tercero que cojeaba notoriamente y se defendía con la torpeza de quien se halla en franca desventaja. Alejandro detuvo el jeep frente al grupo y le dirigió las luces plenas. Descendió dispuesto a librar al hombre de sus agresores pero éstos, al ver quién se les venía encima con una fuerza de toro empacada en los gestos y facciones de un oficial de la Viena imperial, huyeron hasta perderse en la oscuridad de los callejones aledaños. Obregón subió al hombre a su auto y, sin saber por qué, le habló en francés preguntándole por la dirección donde deseaba ir. Éste le contestó en el mismo idioma explicándole que viajaba en un buque tanque, ahora anclado en el muelle y que, al salir de un burdel de mala muerte, lo habían seguido dos rufianes ofreciendo cambiarle dólares con un índice sospechosamente ventajoso.

—Pero no sé —terminó diciéndome— por qué hablamos en francés. Hace tanto que hablo español que he llegado a pensar que es mi propia lengua —enseguida le propuso a Alejandro ir en busca de algún bar abierto para beber un trago juntos. Obregón le explicó que ya no había nada abierto y lo invitó a su casa. Allí podrían esperar la mañana ya que era inútil pensar en dormir a esas horas. El otro aceptó encantado y se presentó esbozando una curiosa sonrisa que para nada venía a cuento:

—Me llamo Maqroll, Maqroll el Gaviero.

Obregón se quedó mirándolo con la sospecha de que le tomaba el pelo, pero el hombre continuaba sonriendo.

—Pues yo lo conozco a usted —repuso Alejandro—. Su nombre me es familiar. Un viejo amigo mío ha contado algunos episodios de su vida en libros que andan por ahí con más bien poca fortuna pero que a mí me divierten.

Obregón se presentó a su vez. Cuando explicó que era pintor el otro se alzó de hombros con resignada aceptación como diciendo: «Es lo que me faltaba». Maqroll subió con cierta dificultad las empinadas escaleras que dan al primer piso de la casona ubicada en la calle de la Factoría. «Sufro aún las consecuencias de una picadura de araña que casi me seca la pierna. Ya la tenía cerrada pero ahora, al defenderme de estos tipos, algo se resintió de nuevo».

Con el primer ron empezó a fluir el diálogo entre estos dos viejos lobos de la aventura, de los esquinzos de la vida y del viejo oficio de la ternura humana.

Alejandro no recordaba muy bien por cuáles vericuetos se fueron desgranando las confidencias, pero lo que sí tenía muy presente era que, de pronto, Maqroll empezó a hablarle de los gatos de Estambul. Solidario con este interés de su huésped y viejo convencido del secreto saber de estos felinos, Obregón escuchaba con esa atención que despierta el alcohol entre quienes saben negociar con él y fijarle sus condiciones.

—Los gatos de Estambul —explicó el Gaviero— son de una sabiduría absoluta.

Controlan por completo la vida de la ciudad, pero lo hacen de manera tan prudente y sigilosa que los habitantes no se han percatado aún del fenómeno. Esto debe venir desde Constantinopla y el Imperio de Oriente. Voy a decirle por qué: yo he estudiado meticulosamente los itinerarios que siguen los gatos, partiendo del puerto, y siempre recorren, sin jamás cambiar de rumbo, los que fueron los límites del palacio imperial. Éstos no existen ya en forma evidente, porque los turcos han construido casas y abierto calles en lo que antes era el espacio sagrado de los ungidos por la Theotokos. Los gatos, sin embargo, conocen esos límites por instinto y cada noche los recorren entrando y saliendo de las construcciones levantadas por los infieles. Luego suben hasta el final del Cuerno de Oro y descansan un rato en las ruinas del palacio de las Blaquernas. Al amanecer regresan al puerto para tomar cuenta de los barcos que han llegado y verificar la partida de los que dejan los muelles. Ahora bien, lo inquietante es que si usted lleva un gato de otro país y lo suelta en el puerto de Estambul, esa misma noche el recién venido hace, sin vacilación, el recorrido ritual. Esto quiere decir que los gatos del mundo entero guardan en su prodigiosa memoria los planos de la augusta capital de Comnenos y Paleólogos. Esto no he querido confiárselo a nadie porque la imbecilidad de la gente es inconmensurable y hay secretos que no merecen que les sean dichos. Pero mi familiaridad con los gatos de Estambul va más allá. Siempre que llego allí, me están esperando algunos viejos amigos de la familia felina y desde el instante en que piso tierra, hasta cuando subo la escalerilla para partir, me siguen a todas partes. Dos de ellos responden a nombres que les he dado, son *Orifiel* y *Miruz*. Sería largo contarle los rincones que estos dos amigos me han revelado, pero puedo decirle que cada uno está íntimamente relacionado con la historia de Bizancio. Le puedo enumerar algunos: el sitio donde fue torturado Andrónico Comneno; el lugar donde cayó muerto el último emperador, Constantino IX Paleólogo, la casa donde Zoé, la emperatriz, era poseída por un sajón al que le había mandado sacar los ojos; el lugar donde los monjes de la Santísima Trinidad definieron la doctrina que no se nombra y se cortaron la lengua unos a otros para no revelar el secreto; el lugar en donde pasó una noche de penitencia Constantino el Coprónimo por haber abrigado deseos impuros del cuerpo de su madre; el sitio donde los mercenarios germanos hacían el juramento secreto que los ligaba a sus dioses; el lugar donde amarró el primer trirreme veneciano que trajo la peste álgica; así podría enumerarle muchos otros refugios del alma secreta de la ciudad, que me fueron revelados por mis dos compañeros felinos.

Obregón entendió como nadie este interés del Gaviero por los gatos y, a su vez, le comunicó algunos de los prodigios que había presenciado en Cartagena, protagonizados por gatos que ocasionalmente visitaban su taller. Entre ellos, el gato romano que se puso frenético el día en que el pintor empezó a dibujar en la tela un ángel que le daba la espalda al visitante y, luego, el gato que daba extraños saltos y volteretas cuando se le mencionaba el nombre del arzobispo virrey Caballero y Góngora. Al llegar la mañana, la amistad entre los dos recién conocidos se había hecho tan estrecha como si se hubiesen encontrado hacía muchos años. Maqroll preparó un café como para marino al que le espera un muy duro cuarto de guardia y se lo bebieron lentamente, sin hablar mayor cosa. El descenso de las escaleras fue aún más premioso para el Gaviero que la subida. Se despidieron en la puerta. Maqroll no quiso que Alejandro lo llevara al puerto en su vehículo.

—Ya tendrá noticias mías —le dijo al despedirse—. Antes de que zarpe el barco vendré

por aquí para que hablemos un poco más —y se alejó renqueando en busca de un taxi. El pintor quedó absorto en la meditación sobre las cosas que le suceden a los hombres cuando saben ser fieles al arduo tejido de una amistad verdadera.

Aquí interrumpí a mi amigo para comentarle que las últimas noticias que tenía de nuestro común camarada no eran muy tranquilizadoras. No sé qué insensata aventura emprendió río arriba y había acabado metido en problemas con el ejército, conflicto que logró salvar gracias a la providencial intervención de una embajada del Medio Oriente y a la simpatía que despertó en un miembro de la inteligencia militar, quien consintió en pasar una esponja sobre el caso. Pero mis sorpresas de esa tarde en el bar del Wellington no iban a terminar. Obregón, cruzando los brazos sobre el pecho, en un gesto muy suyo cuando iba a manifestar algo que le concernía profundamente, me dijo:

—No, si ahí no terminó el asunto. Acabamos navegando juntos en un viaje delirante entre Curazao y Cartagena.

Ante mi expresión de sorpresa, condescendió en contarme el episodio con lujo de detalles. Aún quedaba tiempo antes de partir a Barajas. Nuestras esposas habían subido a las habitaciones para pasar revista a las compras hechas en Madrid. Pepe Dominguín y su grupo se habían esfumado discretamente. Seguimos fieles al fino que comenzaba a proporcionarnos esa sabia tibieza en donde todo resbala con un ritmo de califato omeya.

Antes de zarpar de Cartagena, el Gaviero pasó por la casa de Obregón para despedirse. Se había creado entre ellos esa complicidad de quienes han sometido la vida a pruebas poco comunes y conocen, mejor que los demás, los ocultos resortes que mueven el incierto mecanismo que los inocentes llaman azar. Consumieron un par de botellas del ron sin color que Obregón solía comparar, a mi juicio un tanto a la ligera, con el vodka, y volvieron a repasar la historia de los gatos de Estambul. Alejandro le espetó su cuento de los alcatraces que perdieron el rumbo. Maqroll dejó pasar el asunto sabiendo que se las estaba viendo con alguien a quien bien podía haberle sucedido tal cosa y agregó dos historias de gaviotas igualmente improbables. Se despidieron con la promesa de darse mutuamente noticia de sus andanzas de tiempo en tiempo. Pasaron varios meses y Alejandro tenía ya catalogado su encuentro con el Gaviero entre las cosas inopinadas que poblaban su pasado, cuando volvió a encontrarlo, otra vez por casualidad, en Curazao. Andaba buscando un restaurante donde almorzar que se saliera del sempiterno menú chino de tan horripilante como fraudulenta monotonía. Le indicaron un sitio de especialidades indonesias y, al entrar, tropezó en el bar de manos a boca con el Gaviero que trataba de corregir, con adiciones improbables, un Old Fashioned que no acababa de convencerlo. Se saludaron como si se hubieran visto el día anterior y resolvieron arriesgarse por los arrecifes de una carta de cocina malaya un tanto improvisada. No comieron ni la mitad de los platos y se pasaron al *bourbon* con *ginger-ale* para no seguir a tientas por la venerable vía de la embriaguez. Fue entonces cuando Maqroll el Gaviero le hizo a mi amigo la tentadora invitación que por poco cambia para siempre su destino de pintor.

—Venga conmigo —le dijo— al *Lisselotte Elsberger*. Es el buque tanque del que soy contramaestre. Regresamos por Aruba y, de allí, a Cartagena. Le aseguro que se va a divertir. El capitán, prusiano de estirpe, es un antiguo comandante de submarino de la

Primera Guerra Mundial, nació en Kiel y le falta una pierna. La perdió en la batalla de Skaggerak. Posee un inventario inagotable de historias del mar y algunas de tierra nada edificantes. Si usted tiene que volver a Cartagena, nada le impide acompañarnos. Obregón no dudó un instante en aceptar la propuesta y, tras pasar por el hotel para recoger su ropa y dos cajas de pinturas holandesas que había comprado en Curazao, partió hacia los muelles con el Gaviero. Allí esperaba el *Lisselotte Elsberger*, urgido de una mano de pintura. Subieron a bordo pero no pudieron ver al capitán porque estaba durmiendo una siesta que no parecía llegar a término jamás. En el camarote del Gaviero había una litera disponible donde acomodó Alejandro sus cosas. Salieron a cubierta y comenzaron a pasearse de un extremo a otro tratando de no prestar mucha atención al olor de combustible que infestaba el ambiente.

—Cuando zarpe la cosa se hará más tolerable con ayuda de la brisa —comentó Maqroll, sin querer insistir mucho al respecto. Obregón le explicó que el olor de las pinturas y de los solventes lo había acompañado gran parte de su vida. La gasolina no ofrecía una diferencia mayor. Al caer la tarde, el capitán apareció en cubierta. Era un gigante de dos metros que manejaba con soltura su pierna ortopédica y hablaba con ligero acento tudesco todos los idiomas de la Tierra. En su cara caballuna y lampiña de oficial del káiser mantenía una sonrisa entre condescendiente y cansada que le daba un aire eclesástico. Era en sus ojos en donde se concentraba la ardua malicia de mil experiencias, transgresiones, componendas, olvidos y recuerdos meticulosamente almacenados. Tenían un vago color café y se movían en perpetua inquietud entre una mata de cejas en desorden y unas largas pestañas levemente femeninas. Sin detenerse jamás en un punto fijo, parecían pasar de continuo revista a los seres y a las cosas que examinaban con febril interés. Se llamaba Karl von Choltitz y decía ser primo lejano del general nazi que pretendió haber salvado en el último momento a París de volar por los aires. Después de algunas frases de circunstancia, el capitán pidió permiso a Obregón para llevarse a Maqroll. Comenzaban las maniobras para zarpar. El barco iba cargado hasta casi cubrir la línea de flotación y el asunto requería de mucho cuidado. Obregón se quedó en cubierta viendo el atardecer en Curazao y preguntándose a qué horas se le había ocurrido aceptar una invitación tan disparatada. Pero su viejo instinto de no interferir en los indescifrables decretos del destino le permitió contemplar la invasión de la noche que comenzaba a disolver una abigarrada fiesta de colores que iban desde el rojo sangre hasta el más delicado naranja. Recordó los paisajes de las cajas de galletas Huntley Palmers que conociera de niño en el Berlín anterior al nazismo. El viaje se inició sin contratiempo alguno. El barco se deslizaba con lenta somnolencia por las aguas de un mar en calma. El toque de una campana lo despertó a la realidad y vio a Maqroll que le hacía señas desde el puente de mando para que subiera a cenar en la cabina del capitán.

Nada más carente de un detalle personal e íntimo que el camarote del capitán Von Choltitz. Ningún retrato de familia, ninguna vista de su ciudad natal, ningún objeto que le trajera memorias del pasado. Dos viejos mapas del Caribe y una carta de señales era todo lo que colgaba de las paredes. Esto produjo a Obregón una singular inquietud; era como un vacío externo que reflejaba otro interior y sin fondo en un alma que había hecho tabla rasa del pasado. Pero lo que más le atrajo la atención fue ver en la pequeña mesa donde se servían los alimentos un gran *bowl* de plata vienesa rodeado por obedientes bandejas, también de plata, en donde se ordenaban apetitosos bocadillos de

pan negro, con las más exquisitas especies de salmón, arenques, caviar, trucha ahumada, atún y lenguas de erizo. El capitán indicó a sus invitados los asientos que les correspondían y procedió a una ceremonia que aumentó aún más el asombro de Alejandro. Destapó una botella de *champagne* francés de una marca de gran prestigio y comenzó a verterla en el *bowl* mientras, con la otra mano, vertía al mismo tiempo una botella de cerveza lager alemana. Terminada ésta siguió con una segunda hasta acabar al mismo tiempo con el *champagne*. Acto seguido repartió vasos de cristal con las asas en forma de alas heráldicas e invitó a beber con gesto cortés de *junker* típico. Maqroll hizo a su amigo una seña para indicarle que ésta era ceremonia habitual que no debía extrañarle. Y así comenzó una larga noche de remembranzas y anécdotas en donde cada uno trajo a cuento lo mejor de su repertorio. El *bowl* era renovado regularmente por el capitán, quien no daba muestras de cansancio y, menos aún, de embriaguez. Se fueron a la cama con las primeras luces del alba. Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, se reanudó la ceremonia que se prolongó hasta caer la tarde y volvió a iniciarse, entrada ya la noche, tras cumplir varias tareas propias del servicio. Ninguno de los presentes daba, como es obvio, muestras de ebriedad.

Cuatro días consecutivos de este tratamiento consolidaron notablemente las afinidades y coincidencias que estaban antes latentes entre Obregón y el Gaviero e hicieron revivir en Von Choltitz días mejores de su carrera de marino. El capitán, en la euforia de las largas sesiones de nostalgia y bebida, terminó por invitar a Obregón a que los acompañara durante el lapso de un contrato de dos años en aguas del Mediterráneo, transportando combustible desde Argelia hasta Córcega. Alejandro pasó la noche en vela coqueteando con la propuesta. Llegaron a Aruba y allí el *Lisselotte Elsberger* pasó un día cargando gasolina de aviación destinada a Cartagena. El trío, ya fundido en una misma atmósfera de evocaciones y rudas pruebas de resistencia al deletéreo coctel del *junker*, ni siquiera se molestó en bajar a tierra. Cuando atracaron en el muelle de Mamonal, en Cartagena, Alejandro, en un momento de lucidez y aspirina, consiguió declinar cortésmente la oferta de Von Choltitz. Mientras aquél balbuceaba complejas disculpas, el Gaviero asentía levemente con la cabeza aprobando la decisión de su amigo cuya pintura había aprendido a admirar, sintiéndola curiosamente cercana porque le revelaba zonas abismales de su propia conciencia. Acompañó a Obregón hasta su casa y allí se despidieron luego de liquidar una botella de ron de las islas que habían comprado en Curazao. «Cuando le dije que te conocía desde hace muchos años —me explicó Alejandro al terminar su relato— me recomendó que, si te veía, te comunicara sus saludos y te dijera que está en mora de enviarte algunos papeles en donde cuenta ciertos episodios, hasta ahora poco conocidos por ti, sobre su vida de minero en la cordillera. Me dijo también que nunca ha acabado de entender tu interés en sus andanzas, que él encuentra más bien oscuras, rutinarias y hartó comunes. Así me dijo».

En esto llegó la esposa de Alejandro para anunciar que, si no salían de inmediato, corrían el riesgo de perder el avión. Obregón se quedó un momento absorto, mirando a esa distancia indeterminada y desoladora en la que solía refugiarse cuando la vida se le venía encima con exigencias para él inaceptables, pero a las que sabía resignarse con una sabiduría de rabino medieval, herencia de sus ancestros catalanes. Nos despedimos con el estrecho abrazo de siempre.

Como era de esperarse, esta revelación de Alejandro sobre su encuentro con Maqroll el Gaviero iba a tener secuelas que no podían tardar en manifestarse. Dos personajes de perfiles tan acusados y fuera de lo común no se cruzan en la vida sin dejar tras de sí una cauda de planetas en desorden. Meses después de nuestro encuentro en el bar del Wellington, recibí en casa un abultado sobre con timbres de Manila. Contenía una relación minuciosa pero caprichosamente aderezada de algunos episodios de la vida de gambusino del Gaviero y una larga carta en donde me ponía al corriente de su actual paradero y de las habituales desventuras de su vida errante e impredecible. En dos extensos párrafos de la misiva mencionaba a Alejandro. No resisto a la tentación de transcribirlos porque complementan y enriquecen notablemente la historia de esta amistad en la que me toca, como siempre tratándose de Maqroll, el papel, más bien ingrato, de simple intermediario. El primer fragmento decía como sigue:

«(...) Por lo que decidí permanecer por un tiempo en Kuala Lumpur. Me alojé en casa de una fabricante de inciensos funerales y aromas destinados a ceremonias religiosas. La mujer no dejó de despertarme una inmediata curiosidad. Me había puesto en contacto con ella un maquinista de tranvía de Singapore con el que yo mantenía una relación cordial que se desarrollaba en dos planos bien diferentes: tomábamos vino de palma con ajeno en un bar clandestino de las afueras de la ciudad, adonde iban a menudo turistas inglesas y escandinavas en busca de sensaciones exóticas. No sé si quedaba satisfecha su curiosidad, pero de lo que sí estoy seguro es de que nuestra apetencia de relación con mujeres de raza blanca sí resultaba ampliamente colmada. Mucho tiempo de estar en continuo contacto con asiáticas suele causar una especie de empacho que termina en la frialdad. Por otra parte, Malaca Jack —que tal era su nombre— solía recogerme cuando pasaba conduciendo su tranvía. Me invitaba entonces a subir a su lado para charlar un rato mientras cumplía su trayecto de rutina. Era un conversador inagotable, conocía los más recónditos secretos de la ciudad y de sus gentes y el paseo se convertía en una experiencia divertida y aleccionadora en extremo.

Malaca Jack me recomendó que fuera a ver, de su parte, a Khalitan, la vendedora de inciensos, cuando le conté que iba a Kuala Lumpur para un improbable negocio con madera de teca que me había propuesto un portugués, dudoso y escurridizo, que respondía al nombre, más incierto aún, de Fernando Ferreira de Loanda. La mujer resultó, también, una conocedora inagotable de la vida y milagros de sus paisanos, gente secreta si las hay y con peligrosos repliegues de carácter que más vale conocer bien antes de tratar con ellos. Acabamos, como era de esperarse, en la cama, en donde siempre hablaba un dialecto malayo y no conseguía articular palabra alguna en ninguno de los idiomas que mascullaba con relativa fluidez. Un día en que regresaba de un suntuoso funeral destinado al capo multimillonario de una mafia de contrabandistas de joyas arqueológicas, me contó que, en medio del humo del incienso de las interminables ceremonias propiciatorias, vio aparecer la cara de un blanco de ojos azules y poblados bigotes que se prolongaban en unas patillas rojizas de artillero. El hombre aparecía y desaparecía entre la espesa humareda funeral, al tiempo que lanzaba las más descabelladas y brutales imprecaciones en inglés y en algo que se parecía al español pero que también recordaba al francés. “Me pareció que pronunciaba tu nombre —me explicó Khalitan, entre intrigada y burlona— pero cuando

me le acerqué salió dando saltos como exorcizado”. Le pedí de inmediato que me llevara al lugar del sepelio para buscar por los alrededores al personaje de marras. Algo me decía que se trataba de alguien bien conocido por mí. Esos ojos azules, esos mostachos y patillas a la Franz-Joseph y las interjecciones en inglés y en catalán — idioma que mi amiga no pudo identificar pero describió en forma más o menos comprensible— no podían ser sino de una persona. Khalitan se negó, al principio, a acceder a mis ruegos. La idea le parecía absurda. Habían pasado ya varias horas de terminada la ceremonia y el barrio era una zona de grandes quintas pretenciosas, parques abandonados y ninguna vida comercial. Insistí hasta convencerla y partimos al lugar. Era tal como me lo había descrito: desoladas avenidas cubiertas por grandes árboles que daban una sombra perpetua y húmeda, verjas interminables enmarcando jardines semisalvajes y, al fondo de éstos, mansiones de los estilos más insólitos y delirantes: colonial del sur de los Estados Unidos, tudor con tejados en declive que esperaban una nevada inconcebible en ese horno de los trópicos, californiano español, arábigo hollywoodense y *art déco* maculado por la lluvia y las resinas que chorreaban de la opulenta vegetación. Recorrimos varias calles, todas idénticas, en la destartalada carretela de la perfumista, quien trataba de acelerar el paso del paciente y escéptico burro que tiraba del carro con una falta de convicción desesperante. “Sólo a ti se te ocurre —me increpó—, Gaviero insensato. Aquí no vamos a poder encontrar ni a tu amigo ni a nadie vivo. Yo quisiera saber qué vas a explicarle a la primera patrulla de policía que nos detenga”.

»No habían transcurrido cinco minutos de la fatal premonición de Khalitan cuando, en efecto, nos detuvo un viejo Ford con los colores verde y oro de la policía. Pero, en lugar de hacernos pregunta alguna, los agentes abrieron la portezuela y dejaron salir, como muñeco de una caja de sorpresas, a un energúmeno con el rostro pintado con tierras rojas y azules, colores propios, en Kuala Lumpur, de los asistentes a una ceremonia fúnebre, y que gritaba a voz en cuello: “¡*Cullons, nano*, Maqroll de mierda! ¿Me vas a dejar en manos de estos amarillos que huelen a pescado podrido?”. Tal como lo temí, se trataba de Alejandro Obregón, que se había quedado allí, en un cambio de aviones. La razón del accidente lo pintaba de cuerpo entero: trató de enamorar a una enfermera bengalí que esperaba, resignada, en el bar del aeropuerto, la llegada del avión de Air India. Obregón subió a la carretela. Le presenté a mi amiga, explicándole en qué se ganaba la vida. “¡Perfecto! —comentó Alejandro—. Nada más apropiado ni más justo. Yo quiero que queme para mí esas esencias porque producen unos colores maravillosos”. Ya había tenido oportunidad de explicarle a Khalitan quién era Obregón, cómo nos habíamos conocido en Cartagena y nuestro viaje posterior en el *Lisselotte Elsberger*. Sin embargo, ella lo observaba con el asombro pintado en el rostro. Mi amigo, con esa galantería de dandy que le salía a veces, no pudo menos de arriesgar una explicación que resultó aún más insólita: “Mira, niña —le dijo—, cuando vi pasar el cortejo frente a las oficinas de Air France, donde estaba tratando de arreglar mi pasaje, no pude menos de seguirlo y dejar todo para más tarde. El color de los trajes de los oficiantes y de los tonos de rojo, verde y naranja de tus inciensos me dejaron deslumbrado. Una cosa que se cumple en medio de esos colores no puede suceder sin obligarnos a acompañar el cortejo hasta las últimas consecuencias. Me pinté la cara con las tierras ofrecidas por una niña que caminaba al pie de la viuda y me mezclé con los deudos repitiendo los gestos que veía hacer a mi lado. De vez en cuando, un hombre

con una máscara de sapo, pintada con manchas azafrán y azul celeste, se me acercaba y me hacía beber una especie de guarapo con sabor a canela y a sándalo. Acabé en una borrachera fenomenal, pero creo que todos estábamos en las mismas. Como había recibido una postal de Maqroll enviada desde esta ciudad, me dediqué a invocarlo en todos los idiomas que conozco. Cuando terminó el funeral, me quedé dormido debajo de un enorme mango que oculta casi por completo la entrada a la casa del difunto. Allí me recogió la policía. ¡Que tipos! Son de una crueldad de reptil manso peligrosísima. Bueno, ya ves, la cosa resultó y aquí estoy”. Como ya dije, esta explicación, en vez de tranquilizar a mi amiga, la dejó aún más desconcertada. Entre tanto, llegamos a casa y, con hospitalidad absolutamente espontánea, que no admitía ninguna réplica, Khalitan instaló a Obregón en un cuarto que daba al corredor trasero y que pendía peligrosamente sobre un canal de aguas inmóviles transitado, de vez en cuando, por canoas cargadas de flores y frutos de colores inverosímiles. Con igual naturalidad Obregón ocupó el lugar después de que recogimos su equipaje en la oficina de Air France en el aeropuerto.

»La vida de nuestro amigo en Kuala Lumpur estuvo salpicada de los más variados episodios. Pero la mayor parte del tiempo se la pasaba pintando. Había puesto en el corredor un improvisado caballete y se proveyó de telas que él mismo puso en bastidores de maderas semipreciosas adquiridas por Khalitan en el mercado. Algo quisiera decirle ahora sobre la pintura de Alejandro. Bien sabe usted que estoy muy lejos de ser un experto en esa materia, pero siento una tal cercanía hacia el mundo que esos cuadros recrean, que pienso no ser importuno, dado el interés que usted ha mostrado por este Gaviero trashumante de vida tan encontrada.

»La pintura de Obregón está relacionada con otro mundo, por completo distinto de este que habitamos. Transcribe una realidad creada por él desde no imagino cuáles vericuetos de su alma. Es una pintura angélica, pero de ángeles del sexto día de la creación. Llevo siempre conmigo un pequeño apunte suyo al óleo sobre cartón que pintó en la noche estrellada y húmeda de Aruba. Representa una silla vista desde un ángulo inesperado. Pero la silla, a su vez, nada tiene que ver con lo que nosotros estamos acostumbrados a llamar así. Es, para repetirlo, una silla de otro mundo. En ese sentido le digo que es una pintura angélica. Los cuadros que hizo en Kuala Lumpur — que después naufragaron todos en el golfo de Aden, en un carguero que se fue a pique al chocar con una mina escapada de alguna base naval— me dejaron alucinado por mucho tiempo. Es más, aún sueño a menudo con ellos. Tenían todos los elementos de ese ámbito entre tropical y exquisito, entre barroco y decadente, que hace del paisaje de Kuala Lumpur un sitio irrepetible. Pero, al mismo tiempo, ningún trazo en los cuadros copiaba la realidad circundante. Obregón simplemente había registrado en su memoria ciertas esencias, colores y volúmenes y los transpuso a ese mundo suyo, particular y único, donde comenzaron a vivir una nueva existencia. Khalitan se extasiaba mirándolo pintar y me comentaba luego en voz baja: “Creo que reza”. Una noche la sorprendí quemando alrededor de los cuadros incienso destinado a las ceremonias de la recolección. Desperté a Alejandro y lo llevé a ver la escena. No mostró una brizna siquiera de asombro. Le pareció lo más natural del mundo. “Va a quemar toda la casa, con nosotros adentro”, le comenté al oído. “¡Qué bueno —repuso él—, sería magnífico!”. Lo conduje prudentemente a la cama. En sus ojos de gato del Ensanche barcelonés brillaba un destello que me puso los pelos de punta. Estuvimos a

punto de terminar en una pira funeraria. Hay otro aspecto de la pintura de Alejandro que me intriga sobremanera y usted, que lo conoció tanto y asistió a su primera exposición, seguramente me podría decir si es algo que ya estaba presente en sus primeros cuadros: cuando Obregón pinta personas, también estos seres tienen una especie de inocencia peligrosa, una sensualidad anterior a la sensualidad —otra vez lo angélico, pero con modificaciones de un refinado heretismo— que nos deja la impresión de haber penetrado sin permiso en un mundo que nos está vedado. Cuando vi algunos de sus autorretratos, la noche en que nos conocimos, tuve el primer aviso de que me encontraba ante alguien fuera de lo común, ante un visionario señalado por vaya a saberse qué dioses corroídos por la plaga. En esos lienzos estaba la persona que me hablaba y que me había librado de unos rufianes, pero, al mismo tiempo, me miraba desde el cuadro un ser por completo extraño al original, que tenía algo que decir, que seguramente estaba a punto de decirlo cuando quedó fijado en la tela, pero había regresado a refugiarse en un silencio que nos salvaba, a nosotros mortales, de una experiencia indecible. Bueno, me estoy enredando en esta descripción de algo que usted conoce mucho mejor que yo y sobre lo cual, seguramente, podrá hablar con muchísima más propiedad.

»Pasaron varios meses. El asunto de la teca quedó en veremos porque el supuesto socio portugués prefirió establecer en Brasil una fábrica de jabones y me dejó con el despecho de haber perdido el negocio de mi vida. Estoy tan familiarizado con esa experiencia, que de inmediato aplico los antídotos correspondientes y sigo mi errancia. Decidí viajar a Chipre, donde me esperaban pruebas y empresas sobre las cuales ya le he hablado anteriormente. Para entonces, Khalitan y Alejandro habían establecido una relación que, lejos de mortificarme, me permitía partir sin culpa alguna, feliz de saber que nuestro hombre iba a conocer un mundo en donde lo esotérico se aunaba sabiamente a un erotismo espontáneo y con mucho de propiciatorio».

El segundo fragmento sobre Obregón de la extensa misiva de Maqroll el Gaviero aparece al final de ésta; es más corto que el anterior. Irrumpe sin previo aviso, en medio de otros incidentes al parecer ajenos al tema. Dice:

«Llegué a Vancouver en un guardacostas de la Armada canadiense que nos salvó milagrosamente, minutos después de hundirse el maldito barco cargado de pieles apestosas, conducido por un capitán y un contramaestre que de seguro tenían pacto con el demonio para hacernos la vida imposible. Sin papeles, sin dinero, lo primero que se me ocurrió fue pedir hospedaje en el Refugio del Marino, institución de caridad que proporciona lo indispensable mientras los navegantes en condiciones como la mía consiguen enderezar su suerte. Como usted conoce muy bien cuál es mi estado en orden a papeles y documentos y lo precarios que han sido éstos, cuando he logrado conseguirlos, merced a expedientes sobre los cuales mejor es guardar silencio, se dará cuenta de mi condición en la Columbia Británica, donde se acercaba un invierno anunciado como el más inclemente en los últimos cincuenta años. En el Refugio me obsequiaron alguna ropa más abrigada que la que yo traía, que sacaron de un armario en donde se guardaban las prendas de los marinos muertos allí. En esas trazas me lancé a la calle sin saber muy bien qué hacer. Como no estoy registrado en ninguno de los archivos de la marina mercante que existen en el mundo, ni hay en consulado alguno noticia mía, comprenderá mi ansiedad por encontrar alguna salida antes de los treinta

días de plazo que las autoridades de migración me concedieron al desembarcar.

»Así pasó una semana y cada día se me cerraba más el horizonte. De pronto, resolví un día ir al consulado de Colombia y enviar desde allí un SOS a mi amigo Alejandro Obregón. ¿Por qué se me ocurrió precisamente él y no otro de los escasos pero fieles y firmes amigos que tengo dispersos por el mundo? “Porque así son las vainas, carajo”, me explicó Alejandro cuando le hice la pregunta. Desde el consulado enviaron a Cartagena mi llamada de auxilio y de allí contestaron que Obregón se hallaba en San Francisco presentando una exposición de pintura. Se alojaba en el Hotel Francis Drake. Tratándose de nuestro amigo, me pareció apenas lógico que hubiera escogido un sitio con ese nombre. En el mismo consulado me permitieron comunicarme con el pintor, a quien le expuse en forma sucinta mi situación. Se limitó a contestar. “¡Mierda! Voy para allá. No se me pierda. Déjeme hablar con el cónsul”. Le pasé la bocina al cónsul quien, mientras escuchaba a Obregón, me miraba con curiosidad y desconfianza. Terminó de hablar y sacando del cajón de su prehistórico escritorio unos billetes, me los alcanzó diciendo: “El maestro me pide que le dé esto para que vaya pasando hasta cuando él llegue; creo que viene el sábado próximo”. Le manifesté mi gratitud, en este caso absolutamente sincera y hasta conmovida, a lo cual sólo se le ocurrió comentarme: “No se preocupe, señor, tranquilo. Tratándose de alguien como el maestro Obregón, uno no puede negarle nada, por extraño que parezca”. Di media vuelta y salí tratando de digerir, sin que se afectara mi serenidad, la oculta reserva que esas palabras encerraban. La vida me ha enseñado a cumplir con ese rito en forma casi refleja e impersonal. Mi facha, además, no debía ser de las más recomendables. No había visitado aún al barbero y las ropas que llevaba denunciaban a leguas que la talla del difunto era mucho mayor.

»Alejandro llegó como lo había prometido. Irrumpió con esa calurosa disposición que constituía uno de los signos constantes de su carácter, temperado, como siempre, por un pudor de buena raza y un prurito de respeto inflexible por la intimidad ajena. Traía, además, un pasaporte de una pequeña república del Caribe adornado con una fotografía que mostraba algunos de mis rasgos escondidos por una barba de ballenero. “Va a tener que dejarse la barba, Gaviero. Menos mal que va bien adelantado”, me comentó muerto de risa mientras nos tomábamos un whisky canadiense, flojo y perfumado, que tratamos de hacer llevadero mezclándolo con *ginger-ale*. Allí me contó cómo habían terminado las cosas en Kuala Lumpur. “Salí de aquello sin mayor pena. La relación con su amiga se me convirtió en una especie de misa violeta envuelta en todos los aromas de la ortodoxia budista. Bueno, no sé si esa vaina sería budismo. Lo que sea. Pero cuando abrí la maleta en Roma, adonde llegué en vuelo sin escalas, olía lo mismo que el difunto aquel del entierro que nos reunió”.

»Pasamos a otra cosa. Se me ocurrió preguntarle qué estaba pintando ahora. Lo que me dijo es imposible de olvidar pero estuvo tan lleno de interjecciones que, al transcribirlo sin ellas, me da la impresión de estar traicionando a nuestro amigo. Esto fue lo que me dijo Obregón, en estas o parecidas palabras:

»Mire, Gaviero, la vaina de la pintura es muy sencilla... pero muy complicada también. Se reduce a esto: hay que andar siempre con la verdad. Así como en la vida, en el cuadro sólo cabe la verdad. Ahí el cuadro se juega la carta de la inmortalidad. Mentir es falsificar la vida, es decir: morir. ¿Está claro? Bueno. Ahora viene el problema de los

colores. Hay que estar a toda hora seguro de que uno, el pintor, es quien los maneja, quien los ordena. Quien los crea, pues, para no ir muy lejos. Pero ellos también hacen la fiesta por su cuenta. Cuando se juntan y se convierten en un nuevo color es una gozadera que nadie puede imaginarse. Pero siempre, no se le olvide, siempre, mandando uno. Con el pincel o la espátula en la mano, sin temblar, sin titubear, con la seguridad de ser el dueño y señor de ese reino. Al arco iris hay que mandarlo al carajo. Jamás rendirle cuentas, o el cuadro se pierde, naufraga en un mar de babas. Mire, con el arco iris y todo ese cuento hay que hacer lo que yo hice hace muchos años con una bandada de alcatraces que venían en formación volando muy bajo. Creo que ya se lo conté. Estaba en la playa, cuando los vi venir. Dibujé con un palo una flecha enorme en la arena, que apuntaba en dirección contraria a la que traían los bichos. Cuando vieron la flecha se volvieron como tembos; daban vueltas encima de mí, rompieron la formación y, al rato, volvieron a reunirse y se largaron en la dirección que indicaba la flecha que hice en la arena, o sea, la contraria a la que traían. Así es el cuento con la pintura: uno marca el destino de los colores y de la composición, del orden en que deben ir los elementos del cuadro. Ya sé, se dice fácil; pero así debe ser. Pero mire, Gaviero, si es la misma cosa que todas las vainas que le pasan a uno en la vida. Lo que uno no controla se vuelve siempre en contra nuestra. Lo que ocurre es que la gente no entiende esto. Bueno, la gente, usted sabe, la gente no sirve para gran cosa. Nada me fastidia más que la gente. Un poeta de mi tierra, que hubiera sido un muy buen amigo suyo y compañero ideal en el trasiego de los más densos alcoholes y de las tabernas más inverosímiles, decía: “¡Ah las intonsas gentes siempre dando opiniones!”. Bueno, pero eso es otra historia. Volvamos a la pintura. Quedamos, entonces, en que lo que pinto, todo lo que he pintado en mi vida, hasta el dibujo más simple, todo es verdad y nada más que la verdad. Y a mí lo único que me interesa, además, es que quienes vean el cuadro tengan de inmediato esa certeza. Ahora, lo importante es aprender a ver, llegar a saber ver, ver todo: las cosas, las personas, el cielo, los montes, el mar y sus criaturas. Todo lo que vemos esconde siempre una parte, la deja en la sombra. Allí hay que llegar, iluminar, descubrir, descifrar. Nada puede quedar oculto. Lo sé: es mucho pedir. Pero no hay otro remedio. El mar, por ejemplo; usted que lo ha transitado tanto y lo conoce tan bien. El mar es lo más importante que hay en el mundo. Hay que saber verlo, seguir sus cambios de humor, escucharlo, olerlo. ¿Sabe por qué? Por algo muy simple que todos creen saber pero creo que no acaban de entenderlo a fondo: porque allí nació la vida, de allí salimos y una parte nuestra siempre estará sumergida allá entre las algas y las profundidades en tinieblas. Ahora ya casi estoy listo para emprender un viejo sueño que me ha perseguido desde hace años: pintar el viento. Sí, no ponga esa cara. Pintar el viento, pero no el que pasa por los árboles ni el que empuja las olas y mece las faldas de las muchachas. No, quiero pintar el viento que entra por una ventana y sale por otra, así, sin más. El viento que no deja huella, ése tan parecido a nosotros, a nuestra tarea de vivir, a lo que no tiene nombre y se nos va de entre las manos sin saber cómo. El viento que usted, como Gaviero, ha visto venir tantas veces hacia las velas y a menudo cambia de rumbo y nunca llega. Ése es el que voy a pintar. Nadie lo ha hecho todavía. Yo lo voy a hacer. Ya verá. Es cosa de saberlo sorprender en el preciso instante en que su paso no tiene duda posible. Para eso, lo sé, hay que saber mirar, ya se lo dije; mirar el lado oculto de las cosas. Con el viento es lo mismo y lo que en verdad yo sé hacer es eso: mirar, mirar hasta no ser uno mismo. Bueno, ¡qué carajo!

Ya me perdí otra vez, pero creo que usted me entiende, Maqroll, porque si no me entiende estamos jodidos». Le contesté que sí lo entendía y que, si bien me parecía todo muy claro, por otra parte esa manera de ver la vida suponía una exigencia, un ascetismo, una vigilancia muy difíciles de sostener en todo momento. «No hay otro remedio, Gaviero, no hay otro remedio, así es esa vaina.

»Estábamos en un bar cuyo dueño, un griego de cejas espesas y aspecto malhumorado, había insistido en encajarnos un ouzo infecto que rechazamos sin contemplaciones a cambio del whisky canadiense en las rocas. El hombre nos miraba con altanera sospecha, lo que no podía menos de causarnos gracia ya que el sitio se veía bien poco recomendable y los tratos que en las otras mesas se llevaban a cabo, entre gentes de las más variadas nacionalidades, tenían cara de todo menos de honestos. “Es que somos inocentes —comentó Obregón—. Inocentes en el sentido en que los rusos usan la palabra, o sea: desvelados servidores de la verdad. Y ésta es la condición más sospechosa que hay para la gente. Por eso, aquí, somos gente de cuidado”. El griego retiró la mirada de nosotros y simuló enfrascarse en los vasos que lavaba con parsimonia ficticia. Dos días más estuvimos recorriendo lugares del puerto no mejores que el mencionado. Obregón regresó a San Francisco sin siquiera permitirme expresarle mi gratitud. Con un gesto terminante de su mano cancelaba todo intento mío en ese sentido. Lo acompañé al aeropuerto y nos despedimos con un estrecho abrazo. En ese momento tenía los ojos de un gris acerado, el tono celeste había desaparecido. Lo interpreté como un signo de ternura reciamente controlada. Al día siguiente me embarqué rumbo al sur en un carguero que iba hasta Valdivia. Una avería en el radar nos obligó a detenernos en el puerto de Los Ángeles...».

Hasta aquí las noticias del Gaviero sobre sus encuentros con Alejandro Obregón, el pintor.

Todo esto pasó hace mucho tiempo. Hoy, la vida de los tres ha cambiado por completo. De Maqroll el Gaviero hace años que nada sé; muchas versiones corren sobre su muerte, ninguna confirmada. Como no es la primera vez que esto sucede, aún solemos sus amigos indagar sobre noticias suyas. Alejandro Obregón murió en su casa de Cartagena, casa de pirata retirado que huele a pintura y a disolventes y desde cuya terraza se puede ver un mar inverosímil que aún nos hace esperar los galeones. Yo, en México, trato de dejar alguna huella en la memoria de mis amigos, mediante el truco de narrar las gestas y tribulaciones del Gaviero. Poca cosa creo conseguir por ese camino pero ya ningún otro se me propone transitable.

Sin embargo, un rumor ha venido circulando hace mucho tiempo, sobre el cual no quise ahondar, por miedo quizás de encontrarme, al final, con una de esas sorpresas a las que nos tiene acostumbrados Maqroll y que desembocan en la nada. Pero, ahora, de repente, al narrar estos encuentros del Gaviero con Obregón, empezó a trabajarme la mente la conseja que había olvidado y busqué el escrito de otro amigo entrañable que completa el cuarteto —me refiero a Gabriel García Márquez—, donde recoge parte de la noticia en cuestión. Ésta consistía en decir que fue Obregón quien encontró en la ciénaga el cadáver del Gaviero cuando éste se perdió allí con Flor Estévez y, al parecer, murieron de sed y hambre buscando la salida de los esteros. Veamos lo que relataba Gabo:

[Ir a la siguiente página](#)

Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro

March 10, 2024

Tríptico de mar y tierra » Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviero con el pintor Alejandro Obregón

Página 58 de 64

«Hace muchos años, un amigo le pidió a Alejandro Obregón que lo ayudara a buscar el cuerpo del patrón de su bote que se había ahogado al atardecer mientras pescaban sábalo de veinte libras en la Ciénaga Grande. Ambos recorrieron durante toda la noche aquel inmenso paraíso de aguas marchitas, explorando sus recodos menos pensados con luces de cazadores, siguiendo la deriva de objetos flotantes que suelen conducir a los pozos donde se quedan a dormir los ahogados. De pronto, Obregón lo vio: estaba sumergido hasta la coronilla, casi sentado dentro del agua, y lo único que flotaba en la superficie eran las hierbas errantes de su cabellera. “Parecía una medusa”, me dijo Obregón. Agarró el mazo de pelos con las dos manos, y con su fuerza descomunal de pintor de toros y tempestades sacó al ahogado entero con los ojos abiertos, enorme, chorreando lodo de anémonas y mantarrayas, y lo tiró como un sábalo muerto en el fondo del bote...».

En la deleitable y eficaz prosa de Gabriel, algo se insinuaba, trataba de salir a flote por entre los datos que para nada coincidían con la pretendida desaparición del Gaviero en los esteros de la Ciénaga Grande: la pesca de sábalo, el hecho de que el muerto no fuese también el dueño de la barca, y la mención de un bote, palabra que bien pudiera aplicarse a la barca de quilla plana en donde se perdió Maqroll pero que no era la indicada y esto en Gabo es inconcebible. Todos estos datos venían a perturbar, a desvirtuar, más bien, la conclusión a la que no era tan descabellado llegar, de que el ahogado era Maqroll.

Pero, a mi vez, en el poema en prosa que aparece en *Caravansary*, menciono una lancha del resguardo que descubre el planchón con los dos cadáveres, lancha que venía mencionada en la versión que me llegó sobre esta muerte del Gaviero. Como además de ser el inmenso escritor que sabemos Gabo también se precia, y con razón, de ser muy buen periodista, hay que pensar en que los datos que refiere fueron, en su momento, verificados por él. Lo primero que hice, como es obvio, fue interrogar a Obregón sobre mis dudas. Se limitó a sonreír entre divertido y ausente y empezó a hablar de otra cosa. Me temo que las historias que sobre él propagábamos sus amigos, lejos de hacerle gracia, las sentía como una distorsión abusiva de su intimidad.

Así las cosas y, como es costumbre cuando se trata del Gaviero, la verdad se nos escapa de entre las manos como un pez que se evade. Pero nadie nos puede quitar la idea de que, si en efecto el cadáver rescatado en los esteros por Obregón era el de Maqroll, su compañero y cómplice de Cartagena, Curazao, Kuala Lumpur y Vancouver, la historia se

cierra con una hermosa precisión que no suele ser común en la vida de los hombres. Conociendo a los dos protagonistas como los conozco, este final se ajusta tan bellamente a su carácter y al encontrado diseño de sus días sobre la Tierra, que no puedo menos de mencionarlo aquí, desde luego sin avalarlo como cierto, pero tampoco negándolo enfáticamente. Los artistas y los aventureros suelen hilvanar de antemano su fin de manera tal que jamás pueda ser claramente descifrado por sus semejantes. Es un privilegio que les pertenece desde Orfeo el taumaturgo y el ingenioso Ulises u Odiseo.

[Ir a la siguiente página](#)

Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero

March 10, 2024

Tríptico de mar y tierra » Jamil

Página 59 de 64

Jamil

Para mi nieto Nicolás

Sinon l'enfance, qu'y avait-il alors qu'il n'y a plus?

SAINT-JOHN PERSE

★

Hay un episodio en la vida de Maqroll el Gaviero que casi nada tiene en común con los que he narrado en el curso de estos últimos años pero que, sin embargo, significó un cambio esencial en el desorden de sus andanzas y vino a traerle, en la etapa final de sus días, una especie de serena conformidad con la encontrada suerte de su destino y lo llevó a ejercer, hasta sus últimas consecuencias, su doctrina de aceptación sin reservas de los altos secretos de lo innombrable. No que su vida, después de esta experiencia que voy a relatar, dejase de tener altibajos e incidentes de la más diversa índole y origen, sólo que el ánimo con el cual éstos fueron enfrentados por Maqroll no tuvo ya ese tinte de reto, de tenaz desafío sin recompensa que había caracterizado antaño su errancia por el mundo.

El hecho en sí puede, tal vez, parecerle al lector algo normal y de diaria ocurrencia en la rutina familiar de cualquiera de nosotros. Pero si sabe del pasado de nuestro personaje, se dará cuenta de inmediato que eso que a nosotros puede presentárenos como un episodio común y corriente, para Maqroll fue una experiencia por entero inusitada y cargada de sorpresas que vinieron a revelar un rincón hasta entonces virgen de su vida sentimental.

Yo hubiera podido relatar el asunto en forma directa y como narrador omnisciente y omnipresente. Preferí, en cambio, intentar transcribir las palabras mismas con las cuales Maqroll nos contó su experiencia. En ellas, que anoté de inmediato después de escucharlas, se esconde todo el sordo dolor que le costó este trance y también los reveladores momentos de felicidad sin sombra que vivió entonces. Veamos, pues, cómo me fue dado enterarme de esta historia.

Suelo visitar Cartagena de Indias siempre que el azar me lo ofrece, porque guardo de esa ciudad un recuerdo tan cargado de nostalgia y tan lleno de instantes que han marcado en forma indeleble el resto de mi vida, que no puedo dejar de recorrer, siempre que puedo, el laberinto alucinado de sus callejas y extasiarme, desde el mirador de sus murallas de una austera altivez militar, en la lenta danza de su mar antillano. Cuando aún estaba entre nosotros mi querido amigo el pintor Alejandro

Obregón, iba siempre a visitarlo en su casa de la calle de la Factoría y allí emprendíamos, con apoyo de una botella de escocés que él guardaba para sus amigos, un largo peregrinar hacia nuestro pasado común que se confundía con recuerdos de infancia, belgas los míos, alemanes los suyos.

En una de esas visitas a la Ciudad Heroica toqué a la puerta de la casa de Alejandro en el instante en que se desgajaba uno de esos aguaceros interminables y abrumadores que irrumpen en la ciudad por el mes de octubre. Me abrió Alejandro en persona, sonriente y con una expresión de niño al que le llega un regalo inesperado.

—¡Carajo! Qué bueno que vino. Es el pretexto que necesitaba para no pintar y celebrar la sorpresa con un buen trago.

Entramos al estudio y nos sentamos en los amplios sillones de cuero, ya familiares para mí, llenos de manchas de pintura de todos los colores imaginables que denunciaban la lucha del pintor con la materia de sus cuadros. De las paredes colgaban lienzos recién terminados. Una magia onírica se desprendía de esos ángeles con cuerpo de doncella, adolescentes deslumbradas que surgían, entre penumbras malvas, de una gama de verdes que iban desde el más tierno de hojas recién brotadas hasta el oscuro de la selva impenetrable; todo en medio de una explosión de azules intensos y rojos que se tornaban en luminoso naranja. Era el nuevo mundo de Obregón, una nueva época de su pintura que se hermanaba extrañamente con lo que entonces estaba yo escribiendo. Le manifesté mi entusiasmo por esa pintura y me contestó, con un brillo particular de sus ojos azul acero que indicaba una extrema complacencia:

—Ya sabía que te iba a gustar. Esas ángeles se me aparecen ahora en sueños y las pinto para que no se me vayan a escapar. Lo que no vuelve en los sueños no nos acompañará en la otra vida.

Estaba acostumbrado a esas enfáticas declaraciones de mi amigo, sobre las cuales era mejor no ahondar porque se perdía en discursos aún más embrollados.

La lluvia nos sirvió de pretexto para terminar con la botella de Dewar's que Alejandro había dejado frente a mí en la mesa llena de pinceles y de tubos de pintura usados hasta el final. Hablamos, como dije, de nuestra juventud ya lejana y de amigos cuya memoria nos servía para evocar zonas de nuestro pasado compartido. De repente, Alejandro, en plena vorágine de evocaciones, me preguntó a boca de jarro:

—Y ahora, ¿adónde vas?

Le expliqué que iba a España de vacaciones.

—Qué bueno —me comentó—, porque te tengo un encargo. Se trata de nuestro amigo Maqroll. Te voy a mostrar algo que te va a inquietar como me inquietó a mí.

Fue hacia otra mesa, también llena de pinceles y de tubos de colores, en una esquina de la cual tenía una carpeta con toda suerte de papeles. Regresó con un sobre que me alargó sin decir nada.

Las estampillas eran de España y el sello de correos era de Pollensa en Mallorca. Traía una carta escrita en esa letra inconfundible y transilvánica que retrataba al Gaviero de inmediato. Eran unos breves renglones escritos en papel de carta en cuyo encabezado se leía: «Parroquia de Sant Jaume. Mosén Ferrán Alaró. Rector». Decía lo siguiente:

Álex:

Abusando de la hospitalidad de mi buen amigo el párroco, le escribo estas líneas que van como la legendaria botella al mar. Esta vez la vida ha logrado golpearme donde era. No son cosas para comentar por escrito. Ando algo desalentado y perdido. Ninguno de los caminos que antes solían ofrecerse a mi inquietud me atrae ahora. Si usted pudiese venir por aquí, cosa que adivino bastante improbable, me sería de gran alivio contarle de qué se trata y disfrutar de su compañía. Lo mismo digo respecto a nuestro común amigo que anda por ahí escribiendo mis andanzas y dejando testimonio de mis infortunios. Bien sé que suele pasar a menudo por España, movido por sus querencias con Al-Andalus, los califatos omeyas y el reino de Mallorca, con los que nos da la tabarra. Si lo ve, muéstrele estas líneas. Eso es todo, mi querido pintor de ángeles púberes y perturbadoras. Nadie como ustedes dos para entender lo que puede haber detrás de estas líneas.

Ahí va un gran abrazo de su amigo,

Maqroll el Gaviero.

Conociendo como conocía al personaje, era evidente que la carta escondía una llamada de ayuda apenas disimulada. No era Maqroll hombre inclinado a quejarse. De vez en cuando se limitaba, más bien, a lanzar dos o tres maldiciones en turco o en francés y así recobraba una relativa calma. Ahora era evidente que se trataba de algo distinto.

Aunque Mallorca no estaba en mis planes de vacaciones en España, me hice el propósito de visitar a mi amigo en Pollensa y así se lo hice saber a Alejandro. Éste me comentó complacido:

—Qué bien. Con eso descanso. Yo sé que con un buen diálogo con él las cosas le irán mejor. Nadie como tú para esa tarea. Que lo diga yo que llevo tantos años contándote mis descalabros.

Un ligero rubor apareció en el curtido rostro de Obregón. Era muy pudoroso en el fondo y, a decir verdad, no recordaba haberle escuchado confesiones de ese orden. Al menos no abiertamente. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que muchos de sus herméticos y laberínticos comentarios debían ocultar episodios sentimentales. Mi afectuosa paciencia al escucharlos le comunicaba quizás, por secretos conductos, una cierta conformidad. La verdadera amistad suele estar apoyada en tales ocultos pero eficaces vasos comunicantes.

La lluvia pasó poco rato después y nos despedimos con el mismo estrecho abrazo silencioso con el que siempre nos separábamos como si nunca más nos fuéramos a ver de nuevo. El último, que sucedió no hace mucho tiempo, lo guardo en la memoria con aflicción que no amaina.

Llegamos mi esposa y yo a Mallorca en pleno otoño, pero todavía el rebaño de turistas paseaba sus germanas opulencias por las calles de Palma y las desnudaba, para horror del sabio paisaje de la isla, en cuanta playa podía invadir. Carmen había conseguido hablar desde Barcelona con Mosén Ferrán y éste nos esperaba en el aeropuerto. Allí estaba, corpulento y desgarrado, pasados de seguro sus sesenta años, dándonos la

bienvenida con una cortesía un tanto campesina y dirigiéndose a mi esposa en un catalán que se esforzaba para que no tuviese una dosis muy alta de mallorquín. El diálogo, a partir de ese momento, se estableció dentro de ese código. Yo seguía, en español, entendiendo, desde luego, lo que ellos se comunicaban, gracias a mi entrenamiento de más de un cuarto de siglo de estar casado con catalana. Me llamó singularmente la atención el expresivo rostro del párroco, con sus espesas cejas oscuras, su boca de labios delgados, siempre con la sonrisa espontánea y ligeramente irónica de quien ha vivido ya lo suficiente como para sólo darle importancia a lo esencial y dejar el resto de lado con indulgencia para con las miserias de nuestros semejantes. Los ojos oscuros y siempre atentos, abiertos hacia el interlocutor, denunciaban a leguas ese sustrato sarraceno de los naturales de la isla. La calurosa voz de bajo profundo del simpático clérigo daba un énfasis un tanto teatral a todo lo que decía. Tomó con mano firme la valija de mi esposa y mientras nos dirigíamos a un taxi que nos esperaba para llevarnos hasta Pollensa, comentó complacido:

—Nuestro amigo los espera y está muy contento con su visita. Me pidió que lo dispensaran por no venir a recibirlos, pero su animosidad hacia los aeropuertos se agudiza aquí a causa del turismo que nos invade.

El taxi al que nos dirigimos era un vetusto automóvil cuyo estado me causó las mayores reservas sobre si lograría llegar hasta Pollensa. Al ver mi duda retratada en el rostro, Mosén Ferrán se apresuró a tranquilizarme:

—No se preocupe. Este taxi, ahí donde lo ve, da cada semana la vuelta a la isla y jamás se ha quedado en el camino. El encargado de ese milagro es su conductor, sobrino mío, que prefirió los Seat a los latines. En fin, Dios sabe cómo hace sus cosas. Al Roger le ha ido muy bien y también a mí, que soy el dueño de esta antigualla.

El joven conductor, que acomodaba entretanto nuestro equipaje en el baúl del auto, nos sonrió divertido saludándonos con un gesto de la cabeza entre familiar y distraído. Ostentaba las mismas cejas de su tío y tenía idéntica tez olivácea, pero su pelo, renegrido y crespo, acusaba aún más el paso de las huestes de los califas por la isla. Hablaba también con voz de bajo, si bien no tan profunda como la de su pariente y con un tono aún más acentuado.

Mosén Ferrán ocupó el asiento al lado de su sobrino y nosotros subimos a los puestos traseros. Hubo un silencio mientras atravesábamos la ciudad aún ocupada por turistas que invadían las calles y dificultaban el paso de los autos. Ya en pleno campo, volvió a sorprenderme la luminosidad de la noche mallorquina que me suele transmitir una especie de orden interior, siempre anhelado y rara vez conseguido. Hay algo de homérico en esa distante fosforescencia de mundos en apacible viaje en plena noche mediterránea.

Intenté llevar al párroco al tema del Gaviero y conocer su opinión sobre la melancolía que reflejaba su carta, de la cual le di cuenta.

—Es mejor —me contestó en un tono entre cordial y perentorio— que él mismo les cuente todo. Como ya tuve ocasión de decirle a su esposa cuando hablamos por teléfono, no se trata de la salud del Gaviero, ni, menos aún, de algún apuro económico. Bien saben ustedes que el hombre anda siempre sin un céntimo en los bolsillos y lo que

le pagan por cuidar esos astilleros abandonados y la maquinaria que allí reposa carcomida por el óxido y el salitre marino le alcanza para vivir dentro de la austeridad que sospecho ha sido una constante en su vida. Algo ha cambiado en él allá en lo profundo de su alma, si bien es cierto que sigue aceptando los mudables decretos del destino y abocado a su perpetua errancia. Ahora está aquí, al parecer resuelto a quedarse por tiempo indefinido, pero en los sabrosos diálogos que sostenemos varias veces durante la semana, no pierde ocasión de mencionar, con evidente ansiedad, puertos lejanos o ilusorias empresas en los más perdidos rincones del mundo. No hay dama de por medio —agregó volviéndose hacia mi esposa con una sonrisa de complicidad—. Pero no debo adelantarles más porque deseo que sea el propio Maqroll quien les cuente cuál fue la prueba por la que pasó y cómo ésta ha trabajado en su ánimo dejándole una impresión de inutilidad y derrota que, según me parece, ha sido para él algo hasta hoy inusitado.

Pasamos a hablar de otra cosa. Le pregunté al ilustrado clérigo por su biblioteca sobre historia del reino de Mallorca. Con satisfacción que no intentó ocultar, me informó que era la más completa que existía en manos de un particular y comenzó a explicarme su curiosa teoría según la cual toda la historia del Occidente cristiano, o bien se origina en Mallorca, o ha pasado por allí en sus momentos más críticos. «En Mallorca —afirmó— han ocurrido ciertos hechos claves que modelaron la Europa moderna». El asunto, así planteado, ofrecía no pocos puntos débiles o arduos de probar y me vino la tentación de discutir con Mosén Ferrán algunos de ellos. Pero el párroco de Sant Jaume pasó a mencionar mis relatos que tienen como personaje principal al Gaviero y mis poemas en donde Maqroll habla de su vida trashumante. Me indicó que, a su juicio, me falta aún mucho por descubrir del carácter de nuestro común amigo y me reprochó, no sin prudencia, el haber pasado muy deprisa por las ideas de Maqroll sobre episodios de la historia que el Gaviero, según el párroco, conoce mejor de lo que yo dejo entender en mis libros. Intenté argumentarle que siempre he tratado, en ese caso, de rehuir el desarrollo de tesis históricas que deformarían el espíritu de mis narraciones y, más aún, el de mis poemas. Se limitó a contestarme que, de haberlo hecho, ésa hubiera sido la oportunidad de poner en claro un aspecto de la personalidad de Maqroll que éste suele ocultar a la curiosidad de la gente.

—El Gaviero —dijo— es un anarquista nato que pretende ignorarse o que se le ignora como tal. Su visión del tránsito del hombre sobre la Tierra es aún más ascética y amarga de lo que deja entender en su trato cotidiano. El otro día le escuché algo que me dejó atónito: «La desaparición de esta especie —me dijo— sería un notable alivio para el universo. Al poco tiempo de su extinción, un total olvido caería sobre su nefasta historia. Existen insectos que están en condiciones de dejar testimonios de su paso menos perecederos y fatales que los dejados por el hombre». Traté, como era natural, de rebatirle con argumentos tomados de la teología y de la historia y se limitó a contestarme, con ese énfasis muy suyo de hombre en el puente de mando con el que sabe cortar por lo sano cualquier discusión: «Usted, mi querido Mosén Ferrán, está acorazado con una fe y una tradición religiosa que lo protegen eficazmente de toda duda. También yo lo estuve en mi juventud, pero mi coraza cayó en pedazos como una corteza que se marchita. Allá arriba, en el mástil más alto, lugar de observación del gaviero, interrogando el horizonte, todo misterio se esfuma entre el paso de los alcaravanes y las gaviotas y el restallar del velamen contra el viento. Nada queda en pie

dentro de nosotros. Créame». Comprenderán ahora —prosiguió el clérigo— que no me concedió mucha oportunidad para continuar el diálogo por ese camino. Lo admirable es que, entre tantos escombros sentimentales y de todo orden, haya logrado conservar su bondad recia y sin ñoñería. Ése es otro de los enigmas de nuestro amigo.

Me llamó la atención lo bien que Mosén Ferrán conocía a Maqroll y pensé, no sin cierta envidia, en las animadas e interminables charlas durante las cuales se fue forjando esa amistad sostenida por comunes intereses en cuestiones históricas y en las simples pero siempre inquietantes y reveladoras anécdotas del diario vivir de los hombres.

Vino luego, tras las palabras del clérigo, un largo silencio. Mosén Ferrán comenzaba a cabecear a causa del sueño y el vaivén del auto. Media hora después llegábamos a Pollensa.

Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua serena de la bahía. Los yates atracados en los muelles del Club Náutico se balanceaban perezosamente y sus amarras gemían con sonido desmayado y soñoliento.

Descendimos en un modesto hotel donde Mosén Ferrán había reservado una habitación con vista a la playa. La dueña era una lejana prima suya, doña Mercé, mujer amable y de pocas palabras, siempre vestida de negro a causa de su viudez, conservada como una distinción especial que resaltaba su prestancia. Nos tenía preparada una cena que acogimos entusiastas dado el apetito despertado por el viaje. Mientras se ultimaban los detalles para servirla, resolví ir a saludar a Maqroll. El sobrino del párroco me llevó hasta los astilleros abandonados en donde el Gaviero cumplía las funciones de vigilante.

En las construcciones semiderruidas reinaba una oscuridad absoluta. El dique seco mostraba al aire los muñones de su antigua estructura de concreto y la armazón de madera se había derrumbado por la acción de la intemperie. Un cobertizo hecho con hojas de zinc ennegrecidas por el óxido debía ser el antiguo lugar donde estaban las oficinas. El conductor tocó levemente el claxon. En una ventana del segundo piso, cubierta en parte con cartones que reemplazaban los vidrios rotos hacía quién sabe cuánto tiempo, se encendió la luz de una linterna de mano que nos alumbró por un momento.

—Ya bajo —se escuchó la inconfundible voz del Gaviero con su acento mediterráneo y cadencioso pero de impecable articulación. A pesar o tal vez a causa de éste, solía confundírsele a menudo con las gentes del mediodía francés. Por entre los claros que dejaban las láminas de zinc, vimos descender la luz por unas escaleras que crujían en forma alarmante. Maqroll encendió la bombilla protegida por una gruesa malla de alambre que había sobre la puerta de entrada. La luz iluminó de lleno y con brutal crudeza el rostro del Gaviero.

No pude ocultar la impresión que me causaron sus facciones. No era que se le hubieran venido de repente los años encima. Pensé más bien en otra de las fiebres que solían devastarlo sin misericordia. Notó mi reacción pero, con una pálida sonrisa nada convincente, trató de quitarle importancia al asunto. Despidió al chofer dándole las gracias por haberme llevado y me invitó a entrar al destartado edificio. El chofer me dijo que prefería esperar porque tales eran las instrucciones de Mosén Ferrán y la cena estaría lista en cosa de media hora. El Gaviero alzó los hombros en señal de

asentimiento y comenzamos a subir las escaleras que, a cada paso, amenazaban con venirse abajo. Al llegar al primer rellano entramos a lo que antes debió servir de oficina y ahora servía de morada al vigilante.

En un amplio sofá forrado de piel había instalado Maqroll su cama, es decir, dos cobijas bastante raídas por el uso y una almohada con manchas de origen incierto. El Gaviero puso la linterna en una mesa tambaleante llena de libros y fue a encender una lámpara de gasolina que colgaba de un gancho en mitad del cuarto. En lo que antes debió ser un escritorio había algunas tazas, dos vasos y varias cajas de latón que debían guardar café en polvo, azúcar y otros alimentos. Todo alrededor de una cocinilla de alcohol. En las paredes colgaban planos de embarcaciones de los más diversos tipos y tamaños, desde grandes cargueros de dos chimeneas hasta veleros de tres mástiles. También se veían planos de motores diésel y perfiles de cascos y arboladuras, todo en un estado tal de deterioro que daba la impresión de que caerían al suelo de un momento a otro. El ambiente, sin embargo, convenía perfectamente con la vida y costumbres de Maqroll y sospeché que hasta debía resultarle acogedor, sabiendo de los antros en donde transcurrieron largos años de su vida. Lo había visitado en cuevas de miseria en lo más profundo de la Amazonia o del Chaco, en buhardillas de horror en Amsterdam y Vancouver o en tugurios infectos de los barrios miserables y lacustres de Guayaquil o Buenaventura. Los astilleros de Pollensa se me antojaron, en comparación, un refugio confortable en donde lo acompañaban sus libros preferidos que hablaban de vidas ilustres y de guerras olvidadas.

Quitó de una poltrona, que cojeaba por ausencia de una de las ruedas de las patas, un montón de revistas de ingeniería náutica que debían reposar allí hacía muchos años y me invitó a tomar asiento. Conociéndolo como lo conozco, sabía que era aconsejable no entrar de lleno en materia sobre el motivo de nuestra visita. Hablamos de Alejandro Obregón y algo mencioné de la carta recibida por éste. No se dio por enterado y me preguntó qué estaba pintando Álex ahora. Pasamos revista a las distintas épocas de la pintura de nuestro común amigo y comentamos su abandono de los peces, las mojarras y los cóndores para entrar en un mundo paradisíaco de ángeles con formas femeninas. Maqroll repuso:

—Un día dejará también a esos seres perturbadores. ¿Sabe cuál es el problema de Álex? Es muy simple, pero no tiene solución: él sueña con pintar un día la vida, no la diaria y necia rutina de los hombres, sino la vida, la de verdad, la que sólo encuentra respuesta en la mudez rotunda de la muerte. Ese propósito no se le cumplirá nunca, pero jamás alguien como él aceptaría una derrota semejante. Allí dejará Obregón la piel, pero no va a cejar. Usted bien sabe que es así. La vida se nos viene encima como una bestia ciega. Se traga el tiempo, los años de nuestra existencia, pasa como un tifón y nada deja. Ni la memoria siquiera, porque la memoria está hecha de la misma substancia inasible y veloz con la que surgen los espejismos y luego desaparecen. Y cómo va alguien a lograr pintar algo así.

La voz le vibraba ligeramente en los tonos bajos de cada frase. Algo me anunciaba que había llegado el momento de entrar en materia.

—Bueno —le dije—, como hace tanto que no nos vemos, me pareció una buena oportunidad aprovechar estas vacaciones para venir a conversar algunas cosas con

usted que me han quedado pendientes desde nuestro último encuentro. Además, le confieso que lo que le comenté a Obregón sobre su estado de ánimo me dejó un tanto inquieto y, pues bien, aquí estamos. Tenemos todo el tiempo que sea necesario. Ya conoce mi debilidad por Mallorca y las viejas raíces que me unen a esta tierra. Si quiere que le confiese, nada nos ha adelantado Mosén Ferrán, que me parece persona de gran calidad y que lo quiere bien. Me da la impresión que prefiere que sea usted mismo quien nos cuente lo que le ha pasado. No consigo imaginar qué pueda ser. Ya me creía al otro lado de tener sorpresas con usted.

—Eso creía yo también —repuso el Gaviero con la mirada puesta en una imprecisa lejanía—, y me equivoqué lamentablemente. Al filo de la muerte nos han de esperar otras jamás sospechadas. Pero dónde está su esposa. ¿No vino a Pollensa?

La pregunta, lanzada así, de repente, como si despertase de un mal sueño, me indicó que no iba a contarme esa noche nada de lo que le había sucedido. Por alguna razón, que en ese momento se me escapaba, requería para hacerlo de una presencia femenina. El Gaviero se encargó de confirmar mi intuición.

—Para contar esta historia preferiría que estuviera presente su esposa. Las mujeres son las únicas que saben descifrar el fondo del alma infantil. De eso se trata ahora y nosotros los hombres, en esto como en tantas otras cosas que tienen que ver con los sentimientos, somos de una torpeza de carreteros. Mañana haremos que doña Mercé, que es también amiga mía, nos prepare en el hotel una buena sopa mallorquina y algún pescado de los que ella sabe sacar partido con verdadero genio. Sentados en la terraza, frente al mar, conversaremos lo que haga falta. Allá llegaré. No me envíen el taxi de Mosén Ferrán. Estoy acostumbrado a hacer ese trayecto caminando por la orilla de la bahía. El mar ha sido siempre en mi vida un infalible consejero. Usted bien lo sabe.

Me dejó algo intrigado esa alusión al alma infantil y a la facultad femenina para sondearla.

Por más vueltas que le daba no conseguí adivinar en qué laberinto se había extraviado nuestro amigo. Lo único evidente era que pasaba por una prueba para él hasta entonces desconocida. Lo mostraban el desconcierto inerme de su mirada y cierto desasosiego sordo que trataba de ocultar a toda costa. Los ojos de derviche en reposo se le habían hundido en las órbitas como si quisieran apagarse. Por la frente le corrían sombras que no terminaban de fijarse en un gesto determinado y los labios intentaban cerrarse con fuerza como para rechazar una pena inmerecida y confusa.

Hablamos un poco más de generalidades intrascendentes y luego me acompañó hasta el auto. Allí se despidió con palabras que me devolvieron al Maqroll de siempre:

—Yo sabía que vendría. No se iba a quedar sin otra historia mía, así, sin más. Pero ésta le va a llegar por donde no se imagina. Muchas gracias por haber respondido a mi llamado. Salude muy afectuosamente a su esposa de mi parte —cerró la portezuela con un gesto desmayado y se internó en el arruinado edificio. Esperé hasta cuando se apagó la luz en la ventana de su refugio y partí menos inquieto e intrigado que antes.

Esa noche, cuando comenté con mi esposa la conversación con el Gaviero, ella se limitó a pronosticar en forma sibilina algo que luego iba a confirmarse con exactitud a la que hace ya muchos años estoy acostumbrado:

—Lo peor ya pasó para él. Ahora está buscando cómo encontrar de nuevo su camino acostumbrado. Se me hace que ha sufrido una de esas pruebas para las que no están hechos los hombres, que suelen carecer de ciertos recursos que nosotras tenemos.

Al día siguiente apareció Maqroll en el hotel hacia la una de la tarde. Doña Mercé lo recibió con afecto y escuchó las instrucciones que le daba el Gaviero para preparar una comida excepcional, como sólo ella sabía hacerlo. Desde nuestra habitación escuchamos el diálogo y pudimos comprobar con cuánta fluidez manejaba ya Maqroll el mallorquín. Cuando bajamos a la terraza, lo hallamos instalado en una mesa situada en un extremo y algo separada de las demás. Tomaba a sorbos espaciados un vino blanco que se servía de una garrafa de cerámica de la isla con adornos de un amarillo intenso. Con la luz del día eran más evidentes las huellas de desamparo en su rostro castigado por todos los climas y azotado por las tormentas en todos los mares que lo habían visto navegar desde su más temprana juventud. Su voz continuaba quebrándose en ese ríspido paso por los tonos bajos, anuncio, desde cuando lo conocí, de que el hombre pasaba por una mala racha.

Saludó a mi esposa con un leve gesto de besamanos y nos invitó a sentarnos frente a la playa, por fortuna no invadida aún por la horda de turistas. Al fondo, los muelles del club de yates seguían albergando embarcaciones de todos los tamaños y de la más variada procedencia.

—Este vino —explicó el Gaviero— proviene de un pequeño viñedo del que es dueña la familia de Mosén Ferrán. Es un tanto picante y áspero pero se le toma pronto ese gusto a tierra soleada que le confiere una nobleza inesperada. Pruébelo sin reservas, creo que está a la altura de algunos blancos catalanes que usted debe conocer desde niña. — Maqroll gustaba siempre de hacer alusión a la tierra de mi esposa. En esta ocasión sentí que lo hacía para establecer una cierta complicidad que le era indispensable.

Las virtudes del vino elogiado por Maqroll no me parecieron tan evidentes como las anunciara nuestro amigo, pero seguimos tomándolo mientras llegaba la comida, acompañado de unos sabrosos boquerones fritos que nos envió la dueña como avance de futuras maravillas de su cocina.

Hablamos de nuestro viaje y de los planes que teníamos para visitar de nuevo Cádiz. El Gaviero volvió a perderse en una larga disertación sobre la pintura de Alejandro. Pasó luego a elogiar las raras condiciones de Obregón como socio en andanzas no todas confesables. Era evidente que trataba de ganar tiempo hasta que el diálogo adquiriese el tono de familiaridad que requería lo que deseaba contarnos. Al comienzo, su ansiedad era evidente, como también lo era su deseo de ganar la atención de mi esposa y su simpatía con la historia que nos esperaba. Doña Mercé en persona nos sirvió las humeantes cazuelas de barro con la sopa mallorquina. En su ir y venir la dueña no retiraba los ojos de Maqroll. Era evidente su interés en saber cómo iba a desenvolverse en esta ocasión, frente a quienes nada sabíamos de su prueba reciente.

A tiempo con los postres llegó Mosén Ferrán. El clérigo hizo el elogio de la crema cremada que nos estaba sirviendo doña Mercé y se sentó al lado del Gaviero. Ésta pareció ser la señal que todos esperábamos para que Maqroll iniciara su relato. Una ligera brisa corrió por la bahía. El Gaviero se pasó las manos por el pelo entrecano y recio, como quien se prepara para afrontar una dificultad ardua pero inevitable.

Después de pedir a doña Mercé otra jarra de vino y de ordenar café para todos, inició su relato.

«Hace algo más de un año recibí una carta enviada desde Port Vendres. Antes de abrirla, el lugar de procedencia bastó para despertarme un malestar que era bien fácil de explicar. Muchos años atrás fui a parar allí para mi mala suerte. Venía como marino supernumerario en un barco de carga con bandera turca. Me había embarcado en Salónica con papeles falsos que me señalaban como ciudadano belga. El capitán, en un comienzo, no prestó mayor atención a mis documentos, pero el contramaestre, al examinarlos con mayor detenimiento, cayó en la cuenta de la superchería y me conminó a dejar el barco en el primer puerto que tocáramos. Logré convencerlo de que no me dejaran en Trípoli, que era la próxima escala. Allí hubiera durado vivo apenas unas pocas horas. Es una historia muy larga que otro día contaré, si consideran que vale la pena. Pasamos luego a Génova pero las autoridades portuarias no quisieron recibirme. Parece que subsistían allí ciertos antecedentes policiales que yo daba por prescritos. Bueno, mi vida no ha sido fácil y ustedes conocen de sobra mi fatal tendencia a interpretar las leyes a mi manera. Pues bien, la escala siguiente era Port Vendres. Allí el barco recogería a un grupo de emigrantes franceses que iban a probar suerte en Túnez. Por esos años, era el punto obligado de partida de la ola de emigrantes que, desde comienzos de siglo, decidieron buscar fortuna en tierras menos castigadas por guerras y crisis económicas y que, al mismo tiempo, no estuvieran tan distantes del país natal. En Port Vendres conseguí que las autoridades me recibieran mediante la promesa de partir hacia Argel en el imperativo término de diez días. Firmé un papel en el cual me comprometía a hacerlo bajo la gravedad del juramento y así me dejaron bajar.

»Port Vendres no tenía entonces ese aire de modesto rincón de veraneo que hoy sigue sin ser muy convincente. Era un lugarejo destartado, cuya vida giraba por entero alrededor del paso de los emigrantes hacia el norte de África. Uno podía tener la impresión de que el pueblo, en su conjunto, pertenecía a la conocida Compagnie de Navigation Paquet que prácticamente monopolizaba el tránsito de la opaca multitud de paso, cuya miseria y ansiedad por partir daban al puerto un carácter de permanente y dramático desastre. Lo que en verdad rayaba, de mi parte, en la demencia, era pensar en conseguir algún trabajo estable que me librara de la promesa suscrita a la policía, en un pueblo en donde todo el mundo estaba en disposición de partir sin importarle lo que dejaba atrás. Todos los negocios estaban a punto de cerrar o se ofrecían en venta en condiciones desesperadas. Ustedes bien saben que he pasado por atroces pruebas de enfermedad y de hambre y que buena parte de ellas las he sufrido en climas tan atrayentes como los de Alaska, Tierra de Fuego, la Amazonia, los páramos de la cordillera o los manglares de Luisiana, para sólo mencionar algunos de los infiernos adonde me ha llevado la suerte, por decirlo en alguna forma. Imagino que les será difícil creermelo que ha sido en Port Vendres donde he sentido más de cerca que llegaba al cabo de la cuerda. Cuando se acabaron los pocos francos con los que me habían despachado los turcos, traté de salir hacia Túnez o Argelia, como me había comprometido a hacerlo. Pero, por una de esas endemoniadas incongruencias de la burocracia francesa, que me hacen recordar siempre al temible Colbert, a quien Madame de Sévigné llamaba “le Nord”, y a su imperio oficinesco que prevalece aún en ese país con tenacidad superior a todo lo imaginable, me enteré de que no podía viajar

al norte de África porque no era ciudadano francés y carecía de no sé qué autorizaciones firmadas por el gobierno colonial, cuya histeria burocrática, dicho sea de paso, tenía características demenciales. Nunca podré olvidar al pequeño funcionario con la piel picada de viruelas y facciones de rata anémica, que me sentenció, dejando en el aire un mal aliento sepulcral: “Usted no viajará jamás allá. Hay un sello que, cumplidas todas las formalidades, soy yo quien tiene que estampar. Nunca lo haría porque allá no queremos gente como usted. Somos nosotros los franceses, que hemos hecho la guerra, los que tenemos derecho a esas tierras. Quienes, como es su caso, no son de ninguna parte, pueden irse allá, a ninguna parte, que es donde merecen estar”. Cerró la ventanilla con tal furia que me recordó la guillotina y las *tricoteuses* del terror jacobino.

»Durante pocos días trabajé como mesero en un café. Cuando éste cerró, me recibieron en un taller mecánico que reparaba las grúas de la Compagnie Paquet. Era reemplazante en el turno de la noche. A la semana, el sindicato consiguió que me despidieran. Intenté otros medios para ganarme la vida, ya no recuerdo muy bien cuáles, hasta que un día desperté tirado en un rincón de las escaleras que conducen hacia la plaza del Obelisco. El día anterior no había conseguido probar bocado, a pesar de que me atreví a solicitar limosna de mesa en mesa en los pocos cafés del puerto que aún estaban en funciones. Sin propósito concreto alguno, me dirigí a los muelles y empecé a rondar por las instalaciones destinadas a recibir a los emigrantes antes de abordar sus navíos. Me recosté, a punto de perder el sentido, en una gran ventana con los vidrios pintados de blanco.

En la esquina inferior de ésta habían raspado el barniz para colocar un letrero en donde se pedía un ayudante para la limpieza de la sala de primeros auxilios, situada al final de los galpones que funcionaban como sala de espera. Me dirigí a la manguera que colgaba de una de las grúas y accioné la bomba para tomar agua. Con el estómago lleno de líquido y temporalmente aliviado del mareo, entré al lugar que indicaba el anuncio.

»Toqué discretamente el timbre y salió a abrirme una mujer que volvió a recordarme a las madrinas de la guillotina. Le faltaban todos los dientes y era muy difícil entender lo que decía. Por señas terminé indicándole el letrero de la vidriera. Me hizo pasar mientras musitaba vagas maldiciones y protestas. La bruja me dejó en un pequeño consultorio. Detrás de un biombo que alguna vez fue blanco, me esperaba el para mí inolvidable *maitre* Pascot, como se hacía llamar por todo el mundo. No he conocido a nadie que lograra engañar con su porte y facciones en forma más absoluta. Corpulento y sonrosado, con una perpetua sonrisa benevolente que se extendía por el rostro imberbe hasta llegar a los ojos de un azul pálido de vivacidad tan gratuita que era la primera señal de alarma para alguien que lo observara con cuidado. El doctor Pascot había usurpado todos los gestos y rasgos físicos de lo que en el mundo médico francés se llama un *grand patron*. En realidad se trataba de un taimado bribón capaz de extenuar al más paciente y tenaz de sus subordinados.

»El trabajo en cuestión, que de inmediato acepté como una tabla salvadora, consistía en limpiar escrupulosamente la sala de primeros auxilios, sostenida por no sé qué asociación benéfica para ayudar a los emigrantes que requirieran alguna atención médica. La marea de familias de paso hacia los barcos no se suspendía durante las veinticuatro horas de cada día. Venían de todos los rincones de Francia, pero,

naturalmente, la mayoría provenía del sur. La clientela del dispensario del *maitre* Pascot estaba compuesta de mujeres a punto de dar a luz; de hombres heridos en las constantes riñas para hacer respetar el sitio en las múltiples colas que se formaban sin pausa en cada ventanilla; de niños con tos ferina, viruelas o avanzada deshidratación; de alcohólicos en aguda crisis etílica y de algunas víctimas de males incurables que deseaban partir para morir en el paraíso mirífico de la otra ribera del Mediterráneo. La sala tenía que mantenerse constantemente, así me lo repitió el doctor Pascot con énfasis inobjetable, en estado de limpieza y de higiene absolutas. Los pacientes se turnaban día y noche sin parar. Yo no tendría días de descanso ya que era el único responsable de esa tarea de caballo de noria. Las comidas debía hacerlas en la misma sala, entre paciente y paciente. El salario, naturalmente, era de miseria pero me alcanzaba para hacer tres frugales y rápidas comidas al día y adquirir, de vez en cuando, alguna prenda usada en las tiendas de ropavejeros que pululaban alrededor de los muelles. El día en que comencé a trabajar le comenté a Pascot que no había comido nada hacía cuarenta y ocho horas. El hombre se metió la mano en el bolsillo de la blusa y me entregó dos francos diciéndome: “Vaya al café que hay pasando esta puerta y regrese dentro de media hora. Es la primera y última vez que hago esto con usted. Me los paga el próximo fin de semana cuando reciba su salario. Represento una institución de beneficencia pero no soy esa institución. Son dos cosas muy distintas.

¿Comprende?”.

»Lo había comprendido muy bien y los días que siguieron me lo hicieron ver aún más claro. Les ahorro los detalles de lo que fue mi vida en Port Vendres trabajando en esa sala de emergencia y las trapacerías que le vi hacer al tal Pascot para esquilar a sus víctimas. Su primera advertencia al recibir a los enfermos era: “Mis servicios aquí son enteramente gratuitos pero los medicamentos que receto debe pagarlos usted. Yo mismo se los daré aquí para que le resulten más baratos que en la farmacia”.

»Más de una vez vi a un emigrante enfurecido que hacía el intento de írsele encima al siniestro tartufo, pero siempre los detenía la mirada serena y sonriente y la corpulencia de forzado que se adivinaba debajo de su impoluta blusa de médico. Otros se retiraban llorando. Era evidente que carecían del dinero para comprar las medicinas que recetaba Pascot.

»Cuando le pregunté a éste dónde y cuándo iba a dormir, me explicó con angélica expresión: “Cada día hay uno o dos partos. Éstos suelen tomar varias horas. Entonces no lo necesito y puede dedicar ese tiempo al sueño. Pregunte por el señor Grancier en la oficina de equipajes extraviados. Dígame que va de parte mía y él le va a indicar un rincón tranquilo donde podrá dormir a gusto”.

»Grancier, perfecta réplica del patrón, no prestaba este servicio gratis. Lo que hacía era arrendar por algunas horas el astroso camastro donde él mismo dormía tras el montón de maletas y bultos. Yo trataba de conciliar el sueño en medio de la algarabía de los pasajeros a punto de embarcar, víctimas de una histeria hartamente comprensible. Allí caía rendido hasta cuando, con un leve puntapié en las costillas, Grancier me despertaba para anunciarme que me esperaban en el consultorio. De muy pocas palabras y con su rostro patibulario, el hombre atendía las reclamaciones de quienes iban a preguntar por algún bulto extraviado. Se limitaba siempre a alzarse de hombros y a mover la cabeza en forma negativa mientras recorría sin convicción la montaña de bultos que lo

rodeaba. Era fácil de colegir que el muy granuja era asiduo proveedor de los ropavejeros del muelle.

»Pues bien, ésa fue mi vida durante cuatro infernales meses durante los cuales conocí en carne propia, como si aún me hiciera falta, los límites de sórdida crueldad y de insondable miseria que alcanza a soportar un hombre sin recurrir al suicidio o al crimen. De allí logré escapar por un milagro de los dioses. Una noche acudió a la sala de emergencia un capitán danés que se había desarticulado un hombro al hacer no sé qué maniobra en el cuarto de máquinas. Pascot me ordenó sostener al paciente mientras trataba de volver la articulación a su sitio. El capitán, en medio de espasmos de dolor, me miraba fijamente. Una vez vendado y cuando los sedantes que le encajó el médico empezaron a hacer efecto, el danés me habló con voz apenas audible. “Maqroll. Maqroll el Gaviero. Pero qué diablos hace usted aquí. ¿No me reconoce? Soy Olrik, Nils Olrik, el capitán del *Skive*”. La expresión de dolor que traía cuando entró me impidió reconocerlo al primer momento. Éramos viejos amigos. Había trabajado para él en varias ocasiones, como ya lo he contado alguna vez».

Claro que yo recordaba perfectamente los episodios en los que Olrik había participado en la vida andariega del Gaviero. Éste prosiguió su relato:

«Le conté mi situación y la falta de papeles que me mantenía esclavo de Pascot y sus patrañas de pícaro redomado. Me preguntó si había firmado allí algún contrato o papel que me comprometiera. Le expliqué que no y, sin más preámbulos, me dijo que partiera con él. En unas horas zarparía su barco. Por papeles no debía preocuparme. Él me tomaba como parte de la tripulación. Ya sabía cómo hacerlo. Esto me lo dijo, desde luego, en alemán, para no alertar al médico e impedir cualquier trastada que a éste pudiera ocurrírsele. Salimos tomados del brazo ante la mirada atónita del hombre que se rascaba la amplia calva y sólo acertaba a repetir como atontado: “*Paspossible, pas possible*”.

»Olrik me inscribió en la nómina de la tripulación como enganchado en Hamburgo hacía dos meses. Por enfermedad había tenido que alcanzar por tierra el barco en Port Vendres. Cuando hice la primera comida a bordo, tuve que retener las lágrimas que me salían en una mezcla de rabia y de alivio. Partimos en la madrugada con rumbo a Córcega cargados de trigo y cebada.

»He querido relatarles con algún detalle esta mi primera experiencia en Port Vendres para que pudieran entender, en primer término, el malestar que me produjo el nombre del lugar en el matasellos del sobre, y, luego, porque hay cierta ironía en el hecho de que en ese sitio, que me fue tan adverso, se iba a originar una de las más plenas y aleccionadoras experiencias de mi vida. Cuando abrí el sobre, una voz me anunciaba sordamente que nada bueno podía venir de allí. Esa voz se equivocaba rotundamente si bien el texto de la misiva era para inquietarse. La voy a leer porque la traje conmigo».

El Gaviero sacó del bolsillo de su camisa de marino un sobre arrugado. Desplegó la hoja de papel escrita a mano por las dos caras y nos leyó la siguiente carta, cuyo texto tuve ocasión de copiar más tarde:

Señor Gaviero:

Aunque no lo conozco mucho, he oído acerca de usted. Hace algunos años viví con su

amigo Abdul Bashur. Esto ocurrió durante dos temporadas, entre viaje y viaje de Abdul por los puertos del Mediterráneo. Soy de Alcazarseguer y de niña fui a vivir a Argel con mi familia. Allí aprendí danza árabe y he andado medio mundo con esa profesión. Conocí a Abdul en Túnez. Viajaba en un barco del cual una parte pertenecía a usted. No recuerdo el nombre. Vivimos juntos en Bizerta cerca de un año. Allí quedé encinta y tuve que abandonar la danza. Abdul siempre me decía que si algún día él faltaba, yo podría acudir a usted en procura de ayuda. Mi hijo nació y seguimos viviendo en Túnez. Abdul nos visitaba de vez en cuando. Después de su muerte en Funchal tuve que volver a la danza pero ya no fue lo mismo. Jamil, mi hijo, necesitaba de mis cuidados y no quise someterlo a los continuos viajes a los que mi profesión me obligaba. Conseguí trabajo en un almacén de artículos típicos de los que compran los turistas y allí duré dos años. El almacén cerró y he ido trabajando aquí y allá en muchos oficios. Ahora se me presenta la oportunidad de trabajar en Alemania en una fábrica, gracias a una amiga que ha estado allí dos años. Ella es de Port Vendres y he venido con Jamil para preparar el viaje a Bremen donde está la fábrica. Mi idea es reunir el dinero suficiente para viajar al Líbano. Warda, la hermana de Abdul, me permitiría vivir a su lado junto con Jamil. Ella ha sido muy leal y amable conmigo. No nos conocemos pero nos escribimos con frecuencia. Necesito urgentemente consultar con alguien de confianza toda esta situación muy difícil de explicar por carta. Warda me dio su dirección y yo le pediría el inmenso favor de venir aquí para indicarme qué debo hacer porque no puedo llevar conmigo a Jamil. Los papeles para trabajar en Alemania exigen que vaya sola. Todo esto es muy confuso y sólo se me ocurre apelar a usted. Abdul lo quiso mucho e insistió siempre en que la única persona en la que confiaba sin reservas era usted. No tengo a nadie a quien acudir. Mis padres murieron y no tengo hermanos ni familia. Tampoco quiero cargar sobre Warda y sus hermanos y hermanas la responsabilidad de sostener a Jamil mientras estoy en Alemania. Aquí le explicaré mis razones. Disculpe las molestias y sacrificios que le pueda ocasionar esto que le pido. Lo hago apoyada únicamente en la amistad que los unió a Bashur y a usted. En espera de verlo pronto le envío un saludo muy afectuoso.

Lina Vicente.

P. D. Si se decide a venir puede comunicármelo a la siguiente dirección: Ancien Café Mogador, 44 Quai Pierre Forgas. Port Vendres, Pyrénées Orientales. Lina.

«La carta —prosiguió Maqroll— mostraba a una mujer de carácter firme y madurada a costa de grandes pruebas. Había en el tono de sus palabras una mezcla de dignidad, de sensatez y de respeto que me impresionó mucho, por no ser estas virtudes las más comunes en vidas y regiones como las de Lina. Tomé, pues, la determinación de ir a verla. Para eso me informé del itinerario de los cargueros que podían tocar Port Vendres o un sitio cercano y logré conseguir que me permitieran viajar en uno que pasaba por Palma dos semanas después. Envié a Lina un telegrama anunciándole mi arribo y partí para la capital mallorquina. Inútil decirles que la imagen de Bashur y el recuerdo de todas nuestras andanzas en común no se apartaban de mi mente. Gracias al

llamado de Lina, ese pasado se me convirtió en una obsesión durante el viaje a Port Vendres. Logré precisar en mi memoria algunas alusiones de Abdul a su relación con esta mujer y al hijo que había tenido con ella. Era algo muy vago y no pude recordar las palabras con las cuales mencionó el asunto. La vida sentimental de mi amigo consistió en una sucesión de episodios, a menudo tempestuosos, que siempre terminaban en dramáticos rompimientos. Desde luego había una excepción: Ilona. Sobre este particular he vuelto en varias ocasiones. Después de la trágica desaparición de nuestra común amiga, cómplice, hada madrina y amante, Bashur rompió con su pasado y tomó caminos inesperados y sinuosos sobre los cuales ya he hablado en su oportunidad. Fue en ese período cuando conoció a Lina Vicente y tuvo con ella a Jamil.

[Ir a la siguiente página](#)